

CIUDAD DE CHILE DE SANTIAGO ORIENTE
SECRETARIA GENERAL PUBLIKACIONES PERI

LIBROS

LAS PERLAS AGRI Y LAS REPRESENTACIONES SOBRE TEJIDOS ARCAICOS COMO PRUEBA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA ANTES DE COLON,
por Arthur Posnansky.

Acerca de los precursores de Colón, en lo que respecta al conocimiento de la América del Sur, es abundante la bibliografía. Pero la documentación exhibida para demostrar que tanto europeos como asiáticos, conocían, siglos antes que Colón, las rutas del Atlántico y del Pacífico, no son tan

convincientes para el señor Posnansky como las famosas perlas Agri y unas representaciones sobre tejidos arcaicos.

Los viajes precoloniales eran realizados—dice el autor—por buques de ricos mercaderes que personalmente o por medio de sus poderhabientes, navegaban a países lejanos de cuya existencia y posición geográfica tenían exactas noticias, con el único fin de obtener especialmente oro, plata y piedras preciosas por precios insignificantes. Las perlas Agri eran generalmente el medio más eficaz de cambio, junto con otros productos de insignificante valor en los países de los navegantes, pero que para los autóctonos de la América representaban un valor, acaso incotizable. «Un buen comerciante—agrega—por la gloria, que en aquella época valía ideológicamente menos que un descubrimiento cualquiera de hoy día, no iría a entregar el secreto del lugar donde obtenía y cambiaba por un montoncito de perlas de vidrio, quintales de oro y plata y puñados de esmeraldas. ¿Qué comerciante avisaría hoy tampoco a sus competidores el mercado donde obtiene materias primas a precios risibles?»

Las perlas de vidrio ya eran fabricadas por los fenicios y en Egipto llegó a un alto grado de perfección, habiéndose encontrado en tumbas faraónicas. Esta industria alcanzó gran desarrollo en el Imperio de Romay luego en el Bizantino. En Italia, después de la caída del Imperio Romano, se implantó en el Véneto una importantísima industria del vidrio

y en Murano llegó el auge a tal punto que en 1289 se formaron gremios que tuvieron secretos para la obtención de ciertos productos vítreos, especialmente en lo relativo a las perlas Agri. «Es así—continúa el autor—cómo uno de los secretos, cuya revelación se castigaba cruelmente, era la técnica de «millefiori», que en aquella época era un procedimiento (el embutido de vidrios) únicamente ejecutado en Murano y en forma muy secreta. Sin duda fué ella una antigua manipulación técnica heredada de los fenicios y de los artífices que les siguieron. En esta técnica se han manufacturado las famosas perlas Agri de las cuales se servían los navegantes mercaderes de Venecia del siglo XIII, lo mismo que eran negociadas por los mercaderes de todas las naciones». Estas perlas Agri azules son las que el señor Posnansky halló en sepulturas peruanas de las costas del Pacífico y tienen distinta característica que las descubiertas en Santiago del Estero.

La otra prueba del conocimiento de América por los europeos—españoles, portugueses o italianos—consiste en las representaciones halladas sobre una tela y que desarrollan la leyenda de Adán y Eva en el paraíso terrenal, indudablemente relatada por un cristiano a la persona que inspiró el modelo del dibujo para la tejedora. La técnica de este tejido llamado «tipo Tihuanacu» ya había desaparecido en la región interandina en la época de la conquista. «Los incas—dice el autor—no eran una casta o raza. Inca o Huilka era nombre jerárquico del jefe o mandatario de una región más o menos extensa. Así hubo incas mandatarios de la amplia región de Umasuyo. El asiento de estos potentados de la región lacustre, gran parte del Altiplano y Yungas, fué hasta la conquista la isla del Sol y la isla de la Luna en el Lago Titicaca». «Era costumbre entre los incas que las noticias o cosas importantes de lejanas tierras que no se podían oír o ver personalmente, se tejieran en finas telas y se las enviaba a los Incas cual un libro o un noticiario al lugar de su residencia». Según el señor Posnansky, el tejido por él hallado sería uno de aquellos noticiarios. Al referirse

a la llegada de hombres barbados a una de las islas del Titicaca, admite el autor que «desembarcaron en un sitio apropiado algunos caballos, vacas y aves de corral para establecer un paradero. Hubo, naturalmente, nativos que vieron y conocieron esas gentes y animales, siendo al mismo tiempo instruidos en la religión cristiana, como era costumbre en esa época. Es de suponer que tierra adentro circularon noticias acerca del arribo de esos Viracochas, de sus costumbres y creencias, de los animales extraños que llevaban consigo, y de una de esas noticias procede posiblemente la tela en cuestión».

Con este interesante trabajo del profesor Posnansky inicia la Sociedad de Historia Argentina sus publicaciones. Formarán éstas dos series: la presente, compuesta por cuadernillos numerados correlativamente, y otra de tomos de mayor extensión, que constituirán una «Colección de documentos selectos de la historia argentina», que en breve comenzará con una recopilación de las memorias de los virreyes.

DON PANCHO GARUYA, por Don Roberto Brenes, Mesén, distinguido profesor de Lenguas Románicas de la Northwestern University, Illinois, y

miembro correspondiente en Costa Rica de la Real Academia Española, ha publicado en el «Repertorio Americano» el siguiente juicio crítico sobre la novela «Don Pancho Garuya», de que es autor nuestro compatriota don Manuel Guzmán Maturana:

«Tiene ahora Chile en «Don Pancho Garuya» una obra que poner al lado de «Martín Fierro», con singular ventaja, porque hay en la novela chilena una gama de emoción y sentimiento, de mayor extensión y de mayor profundidad.

Luce en esta bella obra el añejo y sabroso realismo de las narraciones españolas de los siglos XV y XVI. Es un prodigio de visión clara, color y animación. El héroe, Don Pancho, queda estampado, con relieve de luz y de vida, en nuestra memoria, como un amigo incomparable por su buen humor, por su donaire, por su caballeresca lealtad, por el coraje de su hombría de bien. Pero el autor no le ha situado, para que surja heroico, entre figuras pálidas, sino en el escenario de una vida vigorosa, donde las pasiones alzan en sus manos, o la copa elocuente o el puñal relampagueante.

Fluye la narración como la vida. Es inútil preguntarse dónde el novelista recuerda ni dónde inventa. Más parece una verdadera invención de la vida. No hay aquí retratos. En esta galería de la vida de antaño nada cuelga de los muros; todo respira, todo se mueve, todo ríe o canta. Nos hemos, codeado con esas gentes, las hemos oído, nos han hecho reír o nos han entristecido. Escenas que dan carácter a la vida popular de Chile aparecen en la novela con relieve sin igual en la literatura chilena que conozco (1). Y en el

fondo de todo ello, reverbera la fuerza de una raza que auna en su carácter el regocijo de vivir y la resolución apasionada de lanzarse a la muerte.

Los paisajes risueños, las desolaciones de piedra, los bosques de espinos, las noches que derraman sombra y silencio por los caminos, el sesteo que Don Pancho alegra, todo está en la novela como tocado por la magnética mano de la vida.

La lengua misma se siente palpitante. La que en el Diccionario de Provincialismos aparece entretenimiento de herbolario que fija secas y marchitas las hojas que clasificara su destreza, aquí en estas páginas son florea que se mecen bajo el aliento de la vida. No se halla en los diccionarios esa fragancia del espíritu que es la Sintaxis, a cuyo conjuro la emoción salta y la idea se encumbra desde el fondo de la frase donde las palabras son siempre seres vivos.

Toda esa fuerza maravillosa que en los léxicos falta, aquí en «Don Pancho Garuya» retoza con la alegría de un pueblo que la canta, con la jovialidad de hombres que saben embromar y reír, con la seriedad de los que piensan, con la pujanza viril de los que combaten.

El buen humor, la sabiduría, las costumbres del pueblo chileno, como en los campos se mostrara antaño, su lengua pintoresca, todo vivirá en «Don Pancho Garuya» de Guzmán Maturana, mientras haya un chileno en el Continente.—Roberto Brenes Mesén.

COSER Y CANTAR, por Francisco Rodríguez Marín. Sevilla.

El gran escritor Rodríguez Marín ha reunido en este elegante volumen una serie de artículos publicados en

«Blanco y Negro». Son apuntes para una figura de mujer, y con ellos quiso demostrar prácticamente el autor que los poetas, sin más pinceles que la pluma, y sin otra paleta que el tintero, saben pintar las cosas con la misma fuerza y propiedad que los que se dedican al arte de Apeles.

Para ello, explotando con gran dominio del asunto los datos que suministran la poesía culta y la popular, pinta las mujeres hermosas, analizando cuidadosamente los diversos elementos de la belleza femenina. El autor, como él escribe, no ha puesto de su parte más que el hilo, porque la tela le ha sido dada, generosamente, por dos generosas damas: la Musa culta y la Musa popular. Pero el hilo es de oro finísimo y la selección de los retazos esmeradísima. Todos los artículos tienen aquella gracia finísima, aquella amenidad encantadora que caracterizan las producciones literarias de Rodríguez Marín.

varios años en Chile. Se graduó en el Instituto Pedagógico. Viajó por todo el país, y tuvo ocasión de conocer las costumbres de nuestro pueblo y de hacer estudios comparativos del idioma castellano, cátedra que profesa en la Universidad de Illinois.

(1) El señor Brenes Mesén permaneció

Cita el autor cerca de ochenta poetas castellanos, algunos de ellos muy poco conocidos, como doña Catalina Clara de Guzmán, y multitud grande de cantos populares anónimos. Para que todo sea digno de aplauso en esta obra, el autor ha tenido cuidado de excluir toda poesía que pudiera ofender algo a la pureza cristiana. He aquí un párrafo del libro: «Del pecho... diré poco, y eso tan honestamente como es debido a mis amables lectoras—por el buen respeto de las cuales no han entrado a condimentar estos artículos ciertos sabrosos granillos de mostaza—y como supieron decirlo la Musa popular y la erudita, cuando quisieron usar de recato, que fué casi siempre». Algunas observaciones finas y agudas pueden contribuir a desarraigar modas ridículas y poco honestas. El autor, sin embargo, advierte con resignación que el imperio de la moda durará tanto como la tontería humana. Reparen las damas en lo fuerte que resulta la censura, aún suavizada por la más fina galantería.

JUAREZ, EL IMPASIBLE. Con la biografía así titulada, original del Héctor Pérez publicista mexicano Martínez. Héctor Pérez Martínez. Méjico. serie de personajes

conspicuos del Nuevo Continente llevados a la ya famosa colección o biblioteca «Vidas Españolas e Hispanoamericanas del siglo XIX», que edita Espasa-Calpe, S. A. Constituye la nueva producción de referencia el volumen cuadragésimo de la misma, y a fe que su lectura no desmerece de la de los precedentes consagrados a otros célebres políticos, militares, escritores, etc., que abrieron los ojos a la luz en aquellas latitudes: «Bolívar, El Libertador», por José María Salaverría; «Céspedes, El Padre de la Patria Cubana», por Herminio Portell Vilá; «José de San Martín, Libertador de la Argentina y de Chile, Protector del Perú», por Eduardo García del Real; «Sarmiento, Constructor de la nueva Argentina», por Aníbal Ponce; «La Santa Furia del Padre Castañeda», por Arturo Capdevila; «Martí, El Apóstol», por Jorge Mañach; «La Vida Azarosa y Romántica de don Carlos María de Bustamante», por V. Salado Alvarez; «Frutuoso Rivera, El Perpetuo Defensor de la República Oriental», por Telmo Manacorda, y «José Artigas, Protector de los Pueblos Libres», por Alberto Lasplaces.

«Juárez, El Impasible» proclama la perfecta identificación del autor con el tema, denotando labor minuciosa y disertada de investigación depuradora y análisis crítico que edifica la exposición de todo un proceso vital de intensidad y relieve poco comunes. El célebre político suscitó encontradas corrientes de enjuiciamiento a partir de su fenecer terreno; pero hoy, en que el decurso de los años permite la apreciación lúcida, imparcial, libre de prejuicios y apasionamientos, cabe afirmar que su nombre ha ascendido en elevación señera, considerándosele representante de las pristinas características psicológicas de su raza, y aún más todavía: como providencial encarnación de la volun-

tad y la fuerte e invulnerable constancia de temperamento que necesitó el pueblo azteca para consolidar su independencia y robustecer el espíritu nacional en manifestación de perfeccionamiento individual y colectivo.

Es admirable la pintura que del decurso vital de Juárez traza Pérez Martínez, y cómo, sin ocultar defectos, proclama virtudes y méritos, dando fe así de su criterio eminentemente imparcial y objetivo. Desde su advenimiento a la vida, en humildísima cuna de indios zapotecas o axaquíños, hasta su elevación a la primera magistratura del país—en la que realizaría labor patriótica y de edificación positiva, siendo el caudillo que logró la que podría denominarse segunda independencia, tras la ambiciosa ingerencia europea—, la existencia de Juárez fué una incesante lucha presidida por la voluntad y la fe, y un ejemplario siempre vivo de culto al ideal patrio. Sólo leyendo la biografía que nos ocupa puede apreciarse cumplidamente la magnitud de sus aspectos, imposible de ser reseñados en una concisa glosa bibliográfica. El escritor junta a la rigidez de la evocación histórica la belleza y aménidad de la forma, en extremo pulcra y atrayente, con prosa rica en matices descriptivos que denotan, en magistral adecuación, el dominio ejemplar de aquél, como producto, sin duda alguna, de su consagrarse al mismo, amorosa y dilatadamente. Su producción, empero no dejar aspecto substantivo alguno de la vida de Juárez y cuanto su figura y su obra simbolizan, no resulta desmesurada o extensa en demasía, por lo que no cabe encontrar el lector en ella pasaje alguno árido o decadente en la tónica de su sugestión.

Héctor Pérez Martínez sintetiza en el capítulo once, penúltimo de la obra, su apreciación conjunta acerca del caudillo de la Reforma mexicana, al que no faltó combateran incluso quienes luego habrían de rendirse a la evidencia de incomparablemente peores regímenes y actuaciones. En dicho capítulo—consagrado a ese enjuiciamiento cardinal y, también, a describir el acabamiento del gran mexicano que ni aun en el trance supremo quebrantó su característica y asombrosa entereza—aparece este párrafo magistral: «Juárez ha sido siempre un hombre en espera. Desde su niñez lejana, cuando apacentaba a las ovejas de su hato, cuando a la puerta de la escuela de San Pablo Guelatao oía palabras desconocidas para él; cuando los golpes de la fortuna le fueron elevando, nunca supo a dónde iba ni a dónde llegaría. Su vida fué una sucesión de accidentes, de imprevisiones, de esperas. De haber tenido conciencia de su destino, quizá con uno de sus gestos impasibles hubiérase apartado de la fatalidad. Pero nunca sus ojos pudieron penetrar el porvenir, y casi nunca su mente volvió hacia el pasado».

ANTOLOGIA DE POETAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS. Componer una antología lírica digna es labor ardua y poética a la vez. Debe ser el antologista varón de gusto delicado para

colectar poesías y ejemplares.

José María Souviron es poeta joven, de la nueva sensibilidad; por lo tanto, está habilitado para la ejecución de una bella crestomatía (1). En efecto, su libro se halla colocado en las coordenadas del buen gusto y de la crítica.

Va la colección de Souviron desde el año 1900 a 1933. Ha tenido como norma de colocación de los poetas la fecha del primer libro publicado. Es una pauta objetiva muy feliz.

Los bardos más representativos del primer tercio del siglo actual están presentes con sus trabajos, según mi parecer, más hermosos. Asimismo, cada autor, está explicado en una glosa inicial sobria; pero de precisos conceptos estéticos.

El suave, ponderado y disciplinado Juan Ramón Jiménez está ejemplificado por poemas tan lindos como: «Azucena y sol», «Adolescencia», «Retreta entre las rosas», y tantos más.

Manuel y Antonio Machado tienen una bella selección de sus páginas poéticas.

Federico García Lorca está representado, en este libro, con varias poesías y con sus más hermosos, según mi criterio, «Romances gitanos» especialmente aquel titulado «La casada infiel».

En fin, los vates del florilegio de Souviron, según mi gusto, muestran la belleza y poderío de su numen, o, para emplear las palabras del autor de «Platero y yo», contiene el volumen «los instantes mejores, más agudamente bellos, de la vida de un poeta».

Sin embargo, el texto de Souviron pudo ser un tanto más completo. Faltan, evidentemente, autores como Dámaso Alonso, Fernando Villalón y Rafael Sánchez Mazas.

Los dos primeros figuran en la «Poesía Española. Antología 1915-1931», de Gerardo Diego, Ed. Signo, Madrid, 1932.

El primero, a la par que poeta de buena estirpe, es filólogo agudo. En la «Revista de Occidente» he gustado de un verso ágil y novedoso. La teoría de su poética se podría resumir así, según sus propias palabras: «Poema es un nexo entre dos misterios: el del poeta y el del lector».

«...En el poeta, excitado por algún objeto de la realidad, se produce una conmoción de elementos de su profunda conciencia. El poeta siente el deseo de la emoción artística: fijar aquel momento suyo, hacerlo perenne...» (Págs. 218-219).

Villalón es más o menos contemporáneo de Juan Ramón Jiménez. Fue, según Pedro Salinas, «un perseguidor de la poesía». A la vez era poeta, ganadero y agricultor. He aquí uno de sus poemas de sutil arquitectura, aunque un poco cerebral y con aires «superrealistas»:

«Dos rectas nuestras vidas
matemáticamente.

Tú y yo en el zenit
de lo bello y lo justo,
con blancura de nieve
azul puro de aire.

Dos rectas nuestras vidas:
azul puro de aire,
blanco puro de nieve
matemáticamente.

Y el amor ¿en la nieve?
Y el amor ¿en el aire?

Curva tu recta exacta
y hacia el amor decae
¡Amor ¡Curva parabólica
en la nieve y el aire».

Gerardo Diego, libro citado, págs. 383 a 384.

Sánchez Mazas me parece un alto poeta, injustamente preterido en ambas antologías. Su acento lírico parece arrancado al estro místico más encendido. He aquí un soneto digno de la inspiración de Juan de la Cruz o de Teresa de Cepeda y Ahumada.

«Delante de la Cruz, los ojos míos
quédenseme, Señor, así mirando,
y, sin ellos saberlo, estén llorando;
porque pecaron mucho y están fríos.

Y, estos labios que dicen mis desvíos,
quédenseme, Señor, así cantando,
y, sin ellos saberlo, estén rezando;
porque pecaron mucho y son impíos.

Y así, con la mirada en Vos prendida,
y así, con la palabra prisionera,
como la carne a Vuestra Cruz asida,

quédese, Señor, el alma entera,
y así, clavada en Vuestra Cruz, mi vida,
Señor, así, cuando queráis, me muera.

Muchas fueron las búsquedas que hice para ubicar cronológicamente a Rafael Sánchez Mazas. Había perdido muchos días en preguntas a cuanto profesor y escritor topé; pero no conseguí nada. Por fin, con bastante escepticismo me di en consultar ese caótico arsenal que es la «Historia de la Lengua y la Literatura Castellana» de Julio Cejador y Frauca. Después de mucho, encontré, en el tomo XIII, p. 237: «Rafael Sánchez Mazas publicó «Pequeñas memorias de Tarín», Bilbao 1915». Está, por consiguiente, dentro del período que abarcan ambos florilegios; pero ninguno registra esta poesía, que merece figurar en la antología más estricta.

Una edición venidera de la «Antología de Poetas Españoles Contemporáneos» ganaría mucho con la inclusión de estos tres poemas y de sus mejores poesías.

Otro defecto de la selección de que me ocupo es el cambio de los títulos en el índice. Pone en él el primer verso. Este método me desorientó bastante al comienzo, porque me encontré con que no conocía nada, absolutamente nada del parnaso español actual. Sin embargo, después hallé los verdaderos títulos en el interior del libro. Semejante hallazgo no dejó de consolarme...

Detalle ausente, también, es que no aparece al pie de cada poesía o de cada grupo de poemas el nombre del libro de que se tomó la composición recogida en el volumen

de Souviron. Tal indicación es magnífica como fuente de información literaria.

Falta, asimismo, una pauta que llamaré de referencias bibliográficas, es decir, la indicación de los trabajos más medulares sobre los poetas seleccionados.

No obstante, el tomo de Souviron es de grande interés para los gustadores de la belleza literaria. En resumen, un panorama lírico de ejemplos escogidos. El texto está presentado, además, con la pulcritud editorial propia de Nascimento.—Norberto Píñilla.

DE LA CESIÓN DE DERECHOS, por Alejandro Silva Bascuñán. Santiago.

En más de una oportunidad, al analizar los trabajos de índole jurídica que se publican, hemos puesto de relieve el manifiesto progreso que año a año denotan las memorias universitarias. Las tesis que se escriben para optar al título de Licenciado en Leyes y Ciencias Jurídicas de la Universidad de Chile, ya no son obstáculos que se salvan con el mínimum de investigaciones y esfuerzo, como era costumbre general antes, salvo escasas y conocidas excepciones. En la actualidad, en el curso del año universitario se presentan a la consideración de las comisiones examinadoras, obras de aliento que demuestran en sus autores condiciones relevantes de investigación, de estudio y de sólida preparación jurídica. Al señalar el hecho, no nos cumple investigar sus causas. Sólo queremos mostrarlo para evidenciar que no siempre tienen razón quienes aseguran que en nuestro país, en materias universitarias, todo es decadencia y ruina.

Un ejemplo de un completo tratado jurídico, presentado como memoria de licenciatu a fines del año último, es el libro «De la cesión de derechos», volumen primero «De los créditos personales», de que es autor don Alejandro Silva Bascuñán. Esta obra, que está compuesta por un tomo de más de 300 páginas, fué aprobada con distinción máxima por la comisión examinadora. Leyéndola, se comprueba la justicia de la distinción otorgada.

El señor Silva Bascuñán ha hecho un trabajo detenido y completo sobre el párrafo primero del Título XXV, «De la cesión de derechos» de nuestro Código Civil, que abarca de los artículos 1901 a 1909. Es una de las materias más arduas y complicadas del Código y una de las que se han prestado a interpretaciones más contradictorias. Las resoluciones de los Tribunales no siempre han marcado una pauta uniforme en estas materias y la jurisprudencia que existe al respecto, es, en muchas ocasiones, encontrada y vacilante.

La obra del señor Silva Bascuñán, agota, si pudiera decirse así de un tema jurídico, la materia. No solamente ha estudiado el autor el concepto verdadero de lo que es la cesión de derechos, sino que lo ha informado, estudiándolo a la luz de las doctrinas de los más reputados tratadistas y juriconsultos nacionales y extranjeros. La bibliografía que

figura en las páginas iniciales de su trabajo demuestra la incansable investigación que antes de escribirlo se impuso el autor, para ampliar sus conocimientos en las mejores fuentes del Derecho antiguo y moderno.

Pero no solamente ha estudiado el señor Silva Bascuñán el tema de su obra, dentro de las disposiciones civiles de nuestra legislación, sino que ha deslindado, con claridad y a fondo, las múltiples relaciones que con el Derecho Comercial presenta la cesión de derechos. No debe olvidarse que el estudio abarca la cesión de los créditos personales, civiles y comerciales. En ambos aspectos de nuestra legislación el autor ha llevado a cabo un esfuerzo metódico, ordenado y completo.

Las relaciones que las disposiciones de la legislación chilena sobre la cesión de derechos tienen con las disposiciones de legislaciones extranjeras sobre el mismo tema, han sido puestas de relieve por el señor Silva Bascuñán con minuciosa prolijidad. Su estudio comprende no solamente el de los textos de los juriconsultos extranjeros, sino el de las disposiciones legales, sobre cesión de derechos y materias afines, vigentes en las legislaciones de Europa y América. Revela el autor un conocimiento profundo de la legislación nacional y extranjera sobre el tema que lo ocupa. El sistema empleado en su trabajo, al relacionar el articulado de las disposiciones chilenas que comenta, con el correspondiente articulado de legislaciones extrañas, es de una manifiesta utilidad para todos los profesionales y para los estudiosos del Derecho. Al referirse al precio de la cesión, por ejemplo, en la página 268 del texto de la obra, el autor ha estudiado con notable claridad el mismo punto, indicando la disposición correspondiente, en las leyes francesas, italianas, colombianas, suizas, ecuatorianas, españolas, argentinas, brasileñas y uruguayas.

La obra del señor Silva Bascuñán excede los límites que habitualmente se han fijado a las memorias de prueba para optar grados universitarios. Excede, asimismo, el tema, casi exclusivamente diseñado por su autor dentro de los límites de nuestro Derecho Civil. Es un tratado completo de legislación civil y comercial, en que se estudia todo lo relacionado con la cesión de derechos en las leyes del país y en las extranjeras.

No es esto todo. Es preciso recalcar la importancia de la obra realizada por el señor Silva Bascuñán, en el estudio de la variada jurisprudencia que hay sobre cesión de derechos. El señor Silva Bascuñán, aplicando el sólido criterio jurídico de que hace gala en su libro y sus profundos conocimientos de Derecho, ha estudiado con notable profundidad y agudeza, las más importantes sentencias de nuestros Tribunales sobre la materia, objeto de sus afanes. El comentario sobre la jurisprudencia acumulada en el curso de la obra, es una prueba más de las excepcionales condiciones que distinguen al autor entre los escritores y profesionales que se ocupan de temas jurídicos en el país.

Para terminar, dos palabras sobre la forma del libro. Es la de casi todas las obras de Derecho. El estilo descuidado, repetido, monótono. Un poco difuso en no pocas ocasio-

nes, conserva, sin embargo, la claridad indispensable a esta clase de trabajos.

Sólo nos queda felicitar muy cordialmente al señor Silva Bascuñán, por haber enriquecido la literatura jurídica del país, con un aporte tan notable como este libro, sobre la cesión de derechos. Esperamos que el segundo tomo anunciado en las líneas preliminares del prólogo, confirme las excelencias del que hemos comentado.—Abel Valdés A.

ESTAMPAS DEL CAMINO, por Félix Urabayen. Madrid.

La acritud por sí sola no constituye un mérito literario. El escritor puede ser agrio, como pudo nacer moreno o rubio, sin que por ello la calidad de su obra aumente. De la acritud, a lo sumo, lo que se puede extraer es el impulso, que, transformándose en poético sentido, remonte el nivel de látigo de gran alcance. Pero esta capacidad que va de la ironía a la invectiva no suele ser la que normalmente posee el escritor malhumorado. En nuestras letras—en las españolas de nuestro tiempo—abunda el «cascarrabias». Este «cascarrabias» escritor suele ser hombre que piensa que la pluma levanta ronchas en la piel de sus semejantes por el solo hecho de ser puesta sobre el papel. Hable de lo que hable, escriba de lo que escriba, el pleito minúsculo de su mal humor saldrá a relucir de una manera o de otra, bien por un juego indirecto de alusiones—convencionalismos de círculo que sólo los iniciados entienden—, bien por el descarado decir y contar, denunciador casi siempre de una zafiedad sin medida. El escritor «cascarrabias» suele revolverse, remero de la pluma en tormentas de tintero, contra lo humano y lo divino. Pero siempre, y esto es lo lamentable, en un tono menor que, agrisando el estilo, no hace sino rebajar las demás calidades. La penuria de nuestra vida literaria, tan batida por todos sus flancos, no permite que los escritores se enzarcen en polémicas, si no de gran altura, por lo menos de buen estilo. Al escritor malhumorado español, cuyo mal humor le suele provenir de la percibida falta de eco, se le suele enredar la pluma con su doméstico zarandeo. Todo se toina entonces navegar barranca abajo; los temas se empequeñecen, y el escritor naufraga perseguido por los fantasmas de sus alusiones.

Félix Urabayen, en su libro «Estampas del camino», no ha podido contener a su pluma para que no diera rienda suelta a su mal humor. Félix Urabayen, en este libro, camina a través de las tierras toledanas—tema repetido de sus escritos—y las de su patria: Vasconia. Para unas y otras, el derrote de la acritud tiene floración abundante. Y como es lógico, a favor de ese tirón, su pluma se engarbita hasta descender a las más insospechadas anécdotas. Urabayen, además, es un secretario. Todo para él se viste con los negros colores de una leyenda derrotista sobre España: desde el cruzar por las tierras del Romancero hasta divagar bajo los cielos de Juan Ruiz, se le convierte en motivo de áspera diatriba clerófoba. Y es lástima, porque otras calidades alientan en la prosa de Urabayen, que, debidamente libre de esta gan-

ga, podría acometer empresas de mayor envergadura. («El Sol» de Madrid).—J. M. A.

RUBEN DARIO EN CHILE, por Raúl Silva Castro. Prensas de la Universidad.

Raúl Silva Castro ha completado su trabajo bajo de otros días con esta publicación de más de trescientas páginas de gran formato en que recoge la prosa y los versos desconocidos u olvidados que fué escribiendo en Chile Rubén Darío al azar de su triste e incurable bohemia.

Pero este trabajo de recorrer viejas colecciones hasta descubrir en ellas la miel del canto inaudito que el poeta nicaraguense iniciaba en el último rincón del mundo para renovar la mente y la expresión del viejo y ancho imperio espiritual de España siendo, como es, meritísimo y admirable no representa, sin embargo, la totalidad de la buena obra que el crítico, el erudito y el investigador realiza en este nuevo libro al que hemos de dedicar en breve un comentario más amplio y detenido para fijar, fundamentándolas, nuestras simpatías y diferencias.

Hay un estudio crítico en el que, antes de mostrarnos directamente las páginas desconocidas, el autor sigue, sin perder pisada, los rastros del poeta renovador en nuestro país. Relee, pesa y comenta todo lo que Rubén Darío ha escrito; estudia, confirma, contradice, amplía y completa lo que de Darío se ha dicho entre nosotros para ensalzarlo o humillarlo; hace un inventario prolijo y detenido de la bibliografía del poeta, agregando en cada caso el dato explicativo, la nota aclaratoria, la rectificación necesaria y precisa.

No era pequeña la tarea del investigador que abordara un tema de importancia tan definitiva para las letras españolas. Después de los trabajos de Armando Doñoso, Francisco Contreras y Arturo Torres Ríosoco, que agotan distintos aspectos de la personalidad del gran poeta, era difícil traer puntos de vista nuevos al examen del estudioso.

Raúl Silva Castro cumple tal labor con una información llena de sorpresas; con una revisión penetrante y minuciosa de las influencias literarias que más decisivamente gravitaron sobre el espíritu del joven poeta que pronto iba a recibir la consagración de la célebre carta de don Juan Valera; con una aguda exposición e interpretación de los temas y maneras de Darío que, preludiados en su obra chilena, se fueron después repitiendo con maravillosa constancia a lo largo de los libros que hicieron del poeta el «padre y maestro mágico» de la generación modernista.

¿Cómo se refleja Chile, sus hombres y su paisaje, en la prosa y los versos de Rubén Darío? Son cosas que habremos de conocer penetrando a la esencia íntima de este libro, el más maduro de su autor y una verdadera honra para nuestras prensas universitarias.

Hoy sólo hemos querido recoger algunos ecos de ese canto errante que, desconocido, pobre, melancólico y tímido, lanza en Chile el divino indio triste para ser más tarde el maestro y renovador de una literatura glo-

riosa. Canta en versos de intención galante y graciosa el manto de la mujer chilena, celebra a Sarah Bernhardt con elegante y rítmica frivolidad; hace pensar en San Juan de la Cruz y la noche obscura del alma cuando, pecador y contrito, dobla la rodilla sobre la tierra dura y, por el camino azul de la plegaria, se comunica con su Dios invisible.

Así era Rubén Darío: alegre y triste hasta la muerte; pagano y cristiano; fastuoso decorador de fábulas de Oriente y humilde pecador que en La Cartuja vestía su saya parda para comer el pan de la pobreza, amargo y divino. Era todo un hombre y todo un poeta, amador de las más excelsas e imposibles virtudes, y prisionero sin esperanza en la cárcel deleitosa de los pecados capitales.

Honor inmenso es para nosotros haberle brindado la hospitalidad que él supo recompensar largamente en su famoso *Canto épico a las glorias de Chile* y en sus innumerables páginas en prosa en las que siempre hay una palabra generosa y un recuerdo cordial para el país que él llamó un día su segunda patria. Y es también un orgullo para todo hombre que vive entre nosotros de la labor de su pluma que los estudios más completos, justos y ponderados sobre la vida y la obra del poeta—ayer los de Arnando Donoso, Francisco Contreras y Arturo Torres Ríosco; hoy, el de Raúl Silva Castro—sean obra de escritores de esta tierra en que se necesita tan sostenida vocación de heroísmo para permanecer fiel a la causa del espíritu.—Roberto Meza Fuentes.

DERECHO OBRERO. El panorama de la economía mundial nos muestra una lucha enconada entre sus dos principales factores: **RO,** por José Manuel Alvarez. Madrid.

Patrones y obreros, Empresas y asalariados, defienden obstinadamente sus reductos y se atrincheran en sus posiciones; de las que no saldrán sino para avanzar o para abandonarlas forzosamente después de enconada batalla, en la que hayan agotado los elementos que pudieran asegurarles la victoria. A esta situación se ha llegado tras larga serie de fluctuaciones que constituyen la historia de la Economía política.

En cada instante de la vida de un país, el estudio de la respectiva posición de los dos sectores adversarios nos da la clave del problema económico en aquel pueblo y en tal época. La solidaridad entre los débiles va igualando cada día más las fuerzas, y más de una sólida empresa ha podido recordar a su costa el caso del comerciante que, perdido en el desierto, atezado por la sed y el hambre, al encontrar un envoltorio (¿un recipiente con agua, un paquete de víveres?), lo tira con desdén, exclamando desilusionado: «¡No son más que diamantes!»

El dinero es hoy uno de los factores de la producción. Y no lo es por necesidad absoluta, natural, sino sólo mientras subsista la propiedad individual de las tierras, los transportes, los útiles de trabajo y las materias primas. Nadie discute ya la célebre frase «Las espigas no necesitan tener un amo para

brotar». En cambio, el trabajo es, como ha sido y será, imprescindible.

Comprendiendo que para explicarse con éxito el estado actual de la pugna entre capital y trabajo es preciso conocer las incidencias anteriores de la misma, el autor de este libro hace, sobria, sucintamente, historia de la evolución del derecho obrero desde sus comienzos hasta nuestros días. Es un estudio eminentemente objetivo, desprovisto de apasionamiento, ecuánime, imparcial.

Consta la obra de cuatro partes: primera, Derecho sustantivo; segunda, Las jurisdicciones del trabajo; tercera, Organos, y cuarta, Preceptos constitucionales relativos al trabajo y reglamentación internacional del mismo.

Tras de la historia de los organismos gremiales, contiene todas las disposiciones que regulan el trabajo en España: organización y funcionamiento de Jurados mixtos, Tribunales arbitrales; detalles de los seguros de accidentes del trabajo; procedimientos contenciosos y sus trámites; conflictos colectivos (huelgas, sus orígenes, legislación especial...), y finalmente, una completísima serie de útiles formularios de contratos de trabajos, demandas de indemnización por despido, partes de accidentes, etc.

En suma: el «Derecho Obrero», de don José Manuel Alvarez, es un libro necesario para patronos y asalariados y muy conveniente, para cuantos, por cualquier circunstancia, hayan de intervenir en los conflictos sociales o se interesen en su estudio.—L. H. A.

EL MISTICO DE SAMAY HUASI. Una ofrenda en el juicio póstumo. Frenop por Julio V. González. Buenos Aires.

Postura de fervor. Al examen sucede el canto; a la prosa, el verso. Empresa delicada en la doble acepción del vocablo. Lo puro de ella, lo cumple el hijo, sereno y discreto. Siempre fué la mesura, en lo moral, distinción de espíritu, y éste un matiz de la inteligencia. Advertimos en «El místico de Samay Huasi»: un poeta, un tratadista, un hombre de gobierno. un polígrafo un espíritu tenso, en fin. Ex profeso unimos el tema de la obra con el libro. Una misma substancia vive en ella. Ya podía el hijo tornar en viva emoción la exégesis del padre. Frente al gran silencio de lo no sabido, la verdad surge adamantina, bella y terrible a la vez. Su luz, no damite sombras esquivas. Allí está, colaboradora del tiempo, el gran reparador. Merced a ello, hay justicia en la tierra, menos alta que la otra—como humana—, pero digna también, como de esencia divina en el hombre, hijo del Hombre. En esta atmósfera nutrió Joaquín V. González lo mejor de sí mismo. Fué, en verdad, un místico.

Hay en la lima del tiempo una actividad desgastadora. Unas veces, pule; otras, su acción se ejerce en borrar aventando el polvillo de la nada. En este orden, el hombre es el creador de sí mismo. Delicadamente lo in-

núa Julio V. González, al mostrarnos el firme bloque ya consagratorio de quien mueve su fervor y ordena el ritmo de su prosa y verso emotivos. No podía darse ofrenda mejor inspirada, ni más difícil, ni más bellamente victoriosa. En noble vestidura editorial viene la materia del texto tripartito: I «Evocación», II «Semblanza», III «Revelación». Un epígrafe—del padre—crea la atmósfera del libro. Hélo aquí: «Toda estrella vista a través de una lágrima es una cruz». Y con él define Joaquín V. González la alteza de su dolor. En la «Evocación» se une al paisaje cuanto va poniendo en sus muchos aspectos la voz interior de las cosas evocadas. Es un breve capítulo donde su autor dialoga con el espíritu de sus recuerdos. Hay algo intraducible en el fluir de esa prosa. Conducido por su delicadeza emotiva, el lector se aleja de sí mismo, como si una virtud alada le transportase. Este poder de sugestión anima todo el libro. Subyuga y conmueve. Vemos aquí cómo se enlazan dos almas, cómo se confunden en una sola dos vidas, cómo la palabra se despoja del signo material para trocarse en algo que no está en la letra. ¿No es esto como viajar a través de nuestras aspiraciones más altas? He ahí el «sentido» de las grandes vidas. Julio V. González siente penetrar en la carne de su espíritu, la postura ejemplar, y como que vive en ella y de ella se nutre, nos hace sentir todo su alcance y toda la alteza de su alcance. No hay quien lea el segundo capítulo de este libro de tan honda humanidad, sin advertir un ritmo acelerado en su fibra cordial. La página de análisis, el trozo descriptivo, la cita, el dato, la noticia, todo viene como animado por dentro. A través de esta «Semblanza» vemos al futuro hombre de Estado, al poeta traductor de «Cien poemas de Kabir», alternar el claustro universitario de Córdoba con el periodismo y las rimas. Con sutileza estudia el glosador filial la evolución poética del místico de Samay Huasi. Becquer, Espronceda, Quintana, Byron, Andrade, son nombres que se unen en los muchos senderos que le llevan, por fin, al suyo propio. Y tras mucho andar, el velo de Sais. Cuando Joaquín V. González se halló frente a sí mismo, consigo mismo, esto es, ante su propia alma, la suprema unidad le multiplicó llevándole al Todo-Uno, en la suprema integración de su propio ser.

Comprende la parte final del libro: «La senda», «El encuentro», «Revelación». Los endecasílabos de los cuartetos que lo integran fluyen claros y limpios. El autor cree deber suyo justificar la inclusión de este poema en el libro de su fervor. «He deseado salir al paso del lector desprevenido con esta confianza—dice—para que ella explique lo inopinado de unos versos, en quien la prosa se le ha impuesto de largos años por manera habitual». Bien está el complemento melódico. Ya lo dijo el poeta de «Las loas»: «La palabra es divina; el verso lo es todo». Cuando la virtud de su contenido espiritual le anima por dentro, claro está. «El místico de Samay Huasi», trae el aroma de las cosas vistas a través de un alma. Es un voto de afirma-

ción, un acto de fe: la obra de un hombre, dirigida a la luz de una conciencia.

VIRREYES Y VIRREINAS DE LA NUEVA ESPAÑA, por Artemio de Valle-Arizpe. Primera y segunda serie. Madrid.

Hemos tenido ocasión de comentar en esta página un libro de Artemio de Valle-Arizpe, «Del tiempo pasado», colección de leyendas, tradiciones y sucesidos del México

virreinal. La historia de un país, decíamos en aquella coyuntura, se lee por lo común a grandes rasgos, asimilando tan sólo sus acontecimientos de ingente perfil. Pero es lo cierto que la historia de un país, como la historia de un individuo, no se hizo de aquella suerte, sino día por día, en una lenta concatenación de horas y momentos. ¿Y quién recoge esta substancia cotidiana, esta semilla de cada hora, esta levadura minúscula en apariencia, pero madre evidente de la grande y general Historia? Sin duda alguna, el poeta. El poeta y el escritor. El historiador injerto en escritor y poeta. En una palabra: el artista. Artemio de Valle-Arizpe, tal como se producía en el «Del tiempo pasado», obviaba de igual suerte sus virtudes de historiador, poeta y escritor. Cualquiera de sus páginas revelaba tanto labores investigadoras como espíritu animador y creador, según el cual sus personajes (porque la devoción del autor son sus personajes, los personajes históricos de la nueva España), aparecían como renacidos.

En estos dos volúmenes publicados ahora por Biblioteca Nueva, «Virreyes y virreinas de la nueva España», vuelve Artemio de Valle-Arizpe sobre la misma parcela de la historia de México (o de la historia de España) para darnos la procesión de las figuras virreinales. Como en su obra anterior, hay en ésta un esfuerzo en la colecta de materiales históricos, mediante los cuales logra el autor la precisión máxima del ambiente, el perfil puro de la figura a reflejar, lo más significativo en la vida del virrey o de la virreina su temperamento, su carácter, sus predilecciones, sus manías... Y como en el libro anterior del mismo autor, hay en éste una como devoción por la belleza de la época, cuya mejor prueba es la ternura con que el historiador nos enumera hasta las más minúsculas particularidades. Historia, noble preocupación de estilo, emoción... De todo ello hay, y en proporciones excelentes, en «Virreyes y virreinas de la nueva España». Luis de Velasco («gran caballista, muy diestro y afamado en las artes de la brida y de la jineta»); Pedro Moya de Contreras («blando y cordial para todos; apacible bondad»)... Diego Mendoza y Pimentel («el genio endemoniado»...), Francisco Fernández de la Cueva, Juan de Leyva y de la Cerda, José Sarmientos y Valladares, Matías de Glávez, la virreina doña Ana de Zayas y Ramos... Todos hallan en estas páginas el primor histórico y lírico que requieren.

Aplausos merece esta obra de Artemio de Valle-Arizpe, tan interesante por sus valores evocadores, sobradamente logrados a favor

de un estilo denso y emotivo. Igualmente merece aplausos Biblioteca Nueva, que ha puesto en la edición de ambos volúmenes pulcritud y buen gusto.

LOS ERRORES DE LA CIENCIA POLÍTICA, por Teodoro Alvez. Este libro, a pesar del meeting con banderas rojas que viene pintado en su portada, es un libro serio. El lector se da

cuenta de ello con una simple ojeada al índice de materias, el cual, al revés de lo acostumbrado, trae no sólo la lista de los títulos, sino, además, un excelente sumario de cada capítulo.

Al recorrerlo, no tardé en tropezar con lo siguiente: Capítulo VII. «¿A qué se debe la superioridad relativa de Inglaterra en materia de gobierno propio? ¿En dónde está la diferencia entre ella y los demás países occidentales?»

Hermoso tema, ciertamente, pero más apetitoso aun es el sumario que viene en seguida. Hélo aquí: Sumario: «Puerilidad de la teoría mística y mitológica fundada en pretendidas diferencias raciales o en instintos políticos... Id. de la que se refiere a los sistemas educacionales... Falsedad de la teoría de don Alberto Edwards, fundada en el espíritu de obediencia y en la homogeneidad de la raza»...

Allí me detuve: ya mi curiosidad estaba despierta. Busqué la página indicada y rápidamente comprobé que tanto el título como el sumario cumplían su promesa.

Tres cosas encontré allí: primero un resumen de las teorías del señor Edwards, luego después una refutación de éstas y, por fin, su sustitución por otra teoría que tiene sobre aquéllas la ventaja de ser fácil de comprobar... en el terreno y en la historia.

En verdad, hablar del espíritu de obediencia en Chile como de una virtud heredada con la sangre de los antepasados, es cosa bastante divertida cuando se sabe cuáles fueron en España y en Arauco, aquellos antepasados, y cuando se ha leído, en Barros Arana, por ejemplo, la historia de los años de «desobediencia» anteriores al Ministerio de Portales.

Pero lo que me dejó complacidísimo fué la solución de aquel problema, solución que vale no sólo para Chile, sino también para el resto de la América Latina. «No hay, dice el señor Alvarez, tal espíritu de obediencia, ni fué tampoco la pretendida homogeneidad de la raza la que produjo el orden en nuestro país; pues todos los pueblos latino-americanos, durante la Conquista y la Colonia, fueron formados por la misma raza europea, no obstante sus diversos matices, y todos ellos estuvieron sometidos al mismo régimen político y religioso; de modo que adquirieron las mismas costumbres en uno y otro terreno y no se explicaría la diferencia producida si estos pretendidos factores fueran los que determinarían el orden en las naciones o su forma de gobierno. La verdadera explicación del fenómeno está en una causa de orden geográfico y administrativo, que nada tiene

que ver con la raza ni con el espíritu de obediencia. Hasta la guerra con el Perú y Bolivia, Chile llegaba virtualmente por el sur a las márgenes del Bio-Bío (más allá, hasta llegar a Valdivia, estaba la Araucanía brava, no sometida aún) y por el norte, hasta Caldera y Copiapó (más al norte seguía el despoblado de Atacama). La capital del país, Santiago, estaba colocada en el centro geográfico de esta pequeña lonja de terreno y, a fines del siglo XVIII, don Ambrosio O'Higgins, sin calcular sus efectos, construyó el llamado camino real a lo largo del valle central, y más al poniente que daba uno de los grandes caminos reales de la humanidad: el mar Pacífico» (p. 55).

El camino, he ahí la clave del orden, de la obediencia en Chile, la falta de caminos en las otras repúblicas, es la causa de las continuas revoluciones que las diezman. Esta solución tan elegante como sencilla de un problema gravísimo me incitó a leer el resto del libro (1).

¿En qué consisten, según el señor Alvarez, los errores de la ciencia política?

Primero, en admitir, con el profesor Duguit, que el Estado está actualmente sufriendo una transformación en virtud de la cual pierde definitivamente su personalidad, la cual es reemplazada por la voluntad individual de los gobernantes y administradores.

Debo confesar que veo, en esto, una discusión no muy diferente de la que tantos ríos de tinta y saliva hizo correr (sin gran provecho), en la Edad Media. Aludo a la cuestión del Realismo y del Nominalismo.

Durante el reinado de Luis XIV, ¿quién era el «Estado» en Francia? Si se lo hubiesen preguntado al propio rey, éste, tal vez, hubiera contestado con un realismo parecido al que tenía revueltos a los filósofos en tiempos de su antepasado. San Luis: «El Estado soy yo». Esa era la verdad en el siglo XVII y sigue siéndolo, *positis ponendis*, en todos los países, sin exceptuar los más democráticos.

El segundo error de la ciencia política consiste en no admitir más que dos sistemas constitucionales en el mundo moderno y contemporáneo: el presidencial (Estados Unidos) y el parlamentario (Inglaterra, Francia, etc.).

Según el señor Alvarez, el error consiste en no distinguir entre Inglaterra y Francia. En Francia el sistema constitucional es parlamentario, en Inglaterra es ministerial.

Hasta hace poco creí que tanto en Inglaterra como en Francia el régimen era parlamentario; pero que, mientras en Inglaterra, la ley y la costumbre impiden o sancionan

(1) Para comprobar en la geografía y en la historia de Chile la verdad de la teoría de Sr. Alvarez, basta recordar lo que sucedió en 1891. Cuanto a la utilidad y aprovechamiento del «Camino» para el mantenimiento del orden político, los Romanos, nuestros maestros e iniciadores, manifestaron saberlo todo cuando abrieron estas «vías romanas» que todavía subsisten en todo el Occidente.

con la disolución del parlamento todo exceso de éste, en Francia, el parlamento absorbe y anula todos los poderes públicos. Su único freno es una revolución o un golpe de Estado.

Esta noción está amoldada a las apariencias. En realidad el análisis que el señor Alvarez hace del régimen parlamentario (Francia) y del régimen ministerial (Inglaterra) es muy instructivo. Merced a aquel análisis nos hallamos ante dos realidades netamente distintas. Tan así es que creo valdría la pena buscarle a cada una de ellas un nombre apropiado.

A mí me agradaría para Francia, el nombre de «parlamentarismo absoluto». El de Inglaterra sería «parlamentarismo relativo o constitucional». Para la adopción del primero de esos títulos me inspiraría en sabrosas consideraciones de H. Spencer en su «Individuo» contra el Estado. Cap. IV: La gran superposición política» o sea «el derecho divino de los parlamentos». ¡Válgame Dios! ¡Qué burla, la de Spencer!

Quisiera felicitar al señor Alvarez, por las muchas ideas que remueve y las que renueva en su libro. Y lo haré cordialmente, mas no sin reprocharle la grave injusticia de que se hace reo al comparar el cristianismo con el brahmanismo, acusándole de infundir, como éste, en el corazón de los hombres el espíritu de obediencia servil. Esto, en suma, equivale a reprocharle a Cristo su palabra: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».

Y mientras tanto, hay filósofos políticos que, colocados en el polo opuesto al del señor Alvarez, reprochan al Buen Maestro el haber contagiado con ideas revolucionarias a sus apóstoles y discípulos.

De ahí, dicen ellos «el fermento revolucionario latente, según algunos o patente, según otros, en el Evangelio». ¿Quién atará esos cabos y hará la síntesis de esas antítesis?

La sencilla verdad es ésta: Cristo reconocía la legitimidad del poder romano en Judea. De ahí la palabra: «Dad al César...».

Sus compatriotas, enloquecidos por demagogos clericales, no aceptaron esa evidencia. Alzáronse y aquello terminó, 37 años después de la Pasión y Muerte de Cristo, con la toma de Jerusalem, por Tito, el incendio del Templo, la suspensión del Sacrificio, es decir, del Culto, y la dispersión del Pueblo. Así se pagó el error de no dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.—Omer Emeth.

**EL SENTIDO
FUNCIONAL DE
LA PROPIE-
DAD,** por José
M. de Semprún
y Guerra. Ma-
drid.

Este trabajo es una extensa tesis doctoral, extensa y profunda. El avance intelectual de España se demuestra, entre otras cosas, por las tesis doctorales, enormemente superiores, en general, a las de principio de siglo, y muchas de ellas de mérito relevante. Entre las últimas debemos contar la de Semprún. La cual no se refiere exclusivamente a la función social de la propie-

dad, como a primera vista pudiera creerse. Es un estudio mucho más amplio, porque Semprún no analiza el sentido funcional de la propiedad, sino como caso concreto del que corresponde a todo derecho. Por eso, la tesis tiene dos partes: una, en que se analizan de la manera más fina y penetrante las nociones de derecho y deber; se demuestra que aquél se deriva de éste y se comprueba el sentido funcional de todo derecho, y otra, en que se examina el sentido funcional de la propiedad en toda su amplitud.

**DERECHO INTER-
NACIONAL PU-
BLICO,** por José
Ramón Orúe.
Madrid.

Este tratado elemental de Derecho internacional Público es muy recomendable, porque reúne todas las condiciones de un libro de esa índole.

Es claro, metódico, completo y puesto al día. Son muchísimas las cuestiones que se plantean y resuelven y siempre se concede especial atención a plantear los problemas, según la realidad los plantea hoy. La Sociedad de Naciones ha introducido en el Derecho Internacional grandes cambios: todas las instituciones modernas y los tratados contemporáneos, como Tribunal Internacional de La Haya, tratados de Letrán, Convenio de Locarno, Pacto Kellog... son minuciosamente examinados. Por cierto que en cuanto al Pacto Kellog se advierte acertadamente que por él se renuncia a la guerra, pero no se declara ésta ilegal, como creen algunos, sino que después del Pacto, la guerra continúa siendo una institución internacional. El profesor Orúe lamenta con razón el retroceso que representa la última guerra. Los beligerantes echaron mano de la cláusula de solidaridad para no respetar lo convenido sobre los procedimientos de guerra; el retroceso fué aun mayor respecto al Derecho marítimo: los derechos de los neutrales fueron sistemáticamente conculcados, y las listas negras fueron un enorme abuso. Muy partidario de la Sociedad de Naciones, el autor no deja de reconocer los fracasos de la misma, sobre todo en la cuestión chino-japonesa, la insuficiencia de los medios establecidos para evitar las guerras y la incompatibilidad entre la neutralidad de algunas naciones y los deberes impuestos por el Pacto de la Sociedad. Aún más claramente reconoce el fracaso de la Conferencia del Desarme. No admite el Derecho Internacional americano.

**MAZARINO 1602-
1661,** por C. Fe-
dern. París.

Entre tantas biografías como van publicadas, se ha llegado a agotar casi las posibilidades de este tipo de literatura. Todos y cada uno de sus aspectos han sido conseguidos con tanta perfección, que se hace harto difícil y más que comprometido el señalar a ninguna otra nueva como superación de las anteriores en cualquiera de tales aspectos. No obstante, esta de Mazarino, escrita por C. Fernern, si bien en la totalidad de los elementos que constituyen una biografía no reúne mayores excelencias que las otras,

sí se ha de llevar la palma en lo que a riqueza de noticias sobre el biografiado y a acopio de datos se refiere. Su autor ha trabajado en su realización durante doce años, en los que publicó algunos libros y opúsculos en que se trataban asuntos más o menos directamente relacionados con la vida del cardenal Mazarino y del mundo que se movía en su torno, una de las épocas más interesantes de la Historia de Francia. Producto de tan concienzuda labor, esta obra acusa las buenas cualidades y todos los defectos que tan intensa busca de datos y tan cuidadosa concatenación de hechos lleva aparejada. Si por una parte este libro tendrá que ser consultado forzosamente por todos los que estudien tal período de la vida europea; si los estudiosos han de encontrar en él cuanto deseen saber de todo aquello que tuvo relación o fué llevado a cabo por Mazarino, fáltanle al libro, por las mismas razones apuntadas, ese espíritu de síntesis, de selección entre tanto suceso menudo, que nos permitiera ver las líneas centrales y los principales rasgos de esta personalidad acusados con mayor relieve, hechos más ostensibles que como lo están en la obra de Federn. La superabundancia de pormenores dificulta en parte una clara percepción y nos hace difusa y falta de toda nitidez la visión del político de Luis XIV.

Se une en una biografía de Mazarino, al gusto de seguir en todas las peripecias de una vida tan interesante personalidad como la del cardenal italiano, el de penetrar en un mundo, del que Mazarino fué eje, que es una época de las más atrayentes de la Historia europea. Le faltaron al político de Francia algunas de las virtudes indispensables para ser el modelo que ideó Maquiavelo; pero no son pocas las que reúne entre aquéllas que su compatriota propugnara. Con la misma rara habilidad se hace con el Papa, a quien sirve de diplomático, y con Richelieu. Despertar simpatías en hombre de ánimo tan duro y de tan frío razonar no era tan sencillo; pero el afable eclesiástico italiano logra esto como había de lograr tiempos después ser el único hombre en el mundo a cuya voluntad se doblegara la de la impetuosa juventud del Rey Sol. Es una de las cualidades que le distinguen de su antecesor en el gobierno de Francia este dón de cortesía, dulzarrona cortesía de meridional, y que había de ser también uno de los defectos de su política que no tuvo la de Richelieu, porque si no fué mediana su cosecha de buenas voluntades, la de odios la excedió con mucho. No supo colocar su autoridad por encima de toda pasión humana, como el acerado Richelieu, sino que la apoyó en este juego de las pasiones en el que había de despertar tantos enconos. El más fuerte sostén de su política es su influencia sobre el corazón de la Reina Ana de Austria, baluarte que si para su antecesor en el gobierno del Estado francés fué inexpugnable, se rindió por entero al italiano, a quien dispensó a manos llenas «una especie de amistad amorosa», como discretamente dice el biógrafo de Mazarino. Richelieu le superó en genialidad—la política de Mazarino no hace más que seguir las pautas trazadas por la del francés—

y en condiciones de gobernante; pero Mazarino conoció mundos a los que él no pudo ni siquiera aproximarse, porque con la sola intención de dirigir a ellos su adusta mirada los hacía recatarse y huirle. Gran sensual, Mazarino paladeó hasta la hartura todos los goces de la vida. Dueño de la nación más poderosa de su tiempo, habiendo además acaudalado cuantiosa fortuna, tuvo en sus manos las llaves de todos los placeres, los que, al contrario que el austero Richelieu, no despreció. Se dice que, de muchacho, dijo una vez al verle pasar Luis XIV: «Vollá, le Gran Turc qui passe». Tal era su magnificencia a los ojos de aquél que con el tiempo tampoco quedaría muy por bajo del Gran Turco en boato ni fastuosidad oriental.—S. V.

PSICOLOGIA DEL DELICUENTE, El prólogo de don Valentín Guerra a esta obra de Paul Pollitz, por Paul Pollitz, «Psicología del delincuente», señala con sobrada razón nuestra

parquedad investigadora en esta rama de la Filosofía. A lo sumo, contamos en España sobre tan importante materia con «una serie de artículos más o menos amenos—muy poco amenos en ocasiones, realmente,—algunos ensayos, alguna novelita o, en el mejor de los casos, alguna obra científica, que en un cierto aspecto nos ofrece un a modo de contacto con la psicología criminal, induciéndonos a considerar, en cierto grado, el trabajo en cuestión como una contribución a la misma».

Este vacío en orden a la Psicología criminal no hace otra cosa, a la sazón, que subrayar la oportunidad de la traducción española del libro de Paul Pollitz. Es éste una obra coherente, un trabajo firme y doctrinal, cuyo doble carácter elemental y profundo lo hace igualmente apto para nuestros sociólogos, nuestros criminalistas, nuestros hombres de Estado, nuestras autoridades de lo ejecutivo y sus órganos subalternos.

La Psicología criminal es una ciencia sobre manera joven, cuyo crecimiento ha sido precedido del desarrollo de otras ciencias naturales, de las cuales ha tomado lo mismo el material que sus métodos de análisis. Se ocupa la Psicología criminal de la personalidad del delincuente, de su naturaleza intelectual, de su vida anímica, viniendo a ser, por consiguiente, aquella ciencia un sector del campo de investigación cuyo objeto es el individuo delincuente en todas sus relaciones, así físicas como espirituales. Hans Gross, citado por Paul Pollitz, entiende que la Psicología criminal es «una psicología aplicada, que se ocupa de todos los factores espirituales que puedan entrar en consideración en la comprobación y apreciación de los delitos».

El libro de Paul Pollitz, «Psicología del delincuente», parte de la teoría de Lombroso—el primero en describir el delincuente, el «homo delinquens», desde un punto de vista amplio y científico—, para desarrollar a este respecto todas las teorías que han seguido a la del famoso profesor de Medicina legal de

Turín. A continuación expone Paul Pollitz la psicología criminal general, con una interpretación de la estadística criminológica; los aumentos de la delincuencia habitual y peligrosa; los caracteres de la reincidencia; las relaciones de la edad, el sexo, el matrimonio; los hijos ilegítimos en la criminalidad; la influencia económica, etc.

La segunda parte del libro de Paul Pollitz está dedicada a la psicología criminal especial, estudiando por separado las relaciones entre las enfermedades mentales y el delito (determinismo e indeterminismo, estado de degeneración, epilepsia, etc.), la importancia del alcoholismo, la prostitución y la mendicidad; la delincuencia juvenil, los delinquentes profesionales y habituales, los habidos contra la honestidad. Los últimos capítulos de la obra versan sobre lo que Paul Pollitz denomina «la jerga del delincuente» «leyes simbolismo del hampa».

RAIZ Y DECORO DE ESPAÑA, por Gregorio Marañón.

Gregorio Marañón es de los hombres que gozan de un mayor prestigio en la España

tumultuosa y en crisis de nuestros días. La clínica y el laboratorio han caminado hasta sus libros, en los que aparece un escritor fácil y atento. La aventura política—tan fecunda en popularidad casi siempre—ha recortado el perfil del prestigio nacional. El doctor Marañón ha podido influir en vastas zonas de nuestra vida: en la mesocracia, sobre todo. De sus libros y sus artículos se ha recolectado una buena parte de los tópicos en uso—y en abuso—entre la tan traída y llevada clase media española. El amor, por ejemplo, ha saltado desde los libros de Marañón, suscitando un pequeño mundo de preocupaciones, bien diversas a los sentidos hasta estas horas entre nosotros. ¡Quizás fuera ésta la primera de las razones que movieron su pluma! Sea como fuere, el hecho cierto es el del difuso prestigio del doctor Marañón, caso típico de la superstición sentida, en los últimos años corridos, ante el intelectual, viniera de donde viniese.

El doctor Marañón acaba de publicar un nuevo libro; se titula «Raíz y decoro de España». Y esto es lo que más me interesa señalar. Porque la fácil aceptación de las ideas movilizadas entre nosotros por Marañón obedecía seguramente a que éstas eran las que latían, en instantes determinados, en ciertos núcleos de la vida nacional. Gregorio Marañón, hábil captador, lo que hacía era moldearlos, para que cayeran envueltos con su prestigio entre su público. Y esto es lo que tiene de sintomático su nuevo libro, comenzando por el título. Y es que una nueva preocupación por España cruza por los ámbitos españoles.

Y dada la brevedad de este comentario, quiero, por lo menos, señalar algunas de las afirmaciones de Marañón. He aquí sus palabras, que tienen un sentido doloroso para nuestra patria, por cuanto ponen dedos en las llagas españolas. Al hablar del deber del trabajo dice: «Y este trabajo obligatorio,

ordenado y controlado rigurosamente desde arriba, característico del régimen dictatorial, tiene tal sentido de justicia, que constituye en verdad uno de los alientos más importantes de las organizaciones de disciplina rigurosa que están invadiendo Europa, frente al aflojamiento de los deberes fundamentales que para desdicha suya—y nuestra—caracteriza a las democracias», para venir a concluir, al finalizar este primer ensayo de su libro—«Los deberes olvidados»—, invocando las palabras de Mussolini: «Se acabó, por mucho tiempo, la vida cómoda».

El señalar el párrafo anterior como sintomático obedezca, por un lado, a querer reflejar la tónica del libro; tónica que obedezca a un continuo engallarse de las palabras España y patria, y por otro lado, a recoger—para muestra basta un botón—cual es la dura reacción de un hombre representativo ante españoles en estas horas de confusión y trán-la atonía que iba comiendo el ser y el pensar españoles en estas horas de confusión y trán-sito.

El libro de Marañón—mosaico de diversos temas—se centra, pues, en una más alta preocupación: en aquélla que va invadiendo el pensar medio español para volver a crear estribos de grandeza.—J. M. A.

LA VIDA INTIMA.

El conde de Keyserling explica en el prólogo a su último libro la razón de éste. Después de consignar que su editor, Mauricio Delmain es quien le dijo que su «filosofía de los afectos y pasiones del alma» era esencialmente «proximista», dice que tras «haber visto cuántas gentes están precisamente hambrientas de verdades familiares, resolvió escribir el libro» presente.

Para el conde de Keyserling, en reiteración que va a lo largo de sus obras afilándose, para concluir de perfilarse en sus «Meditaciones suramericanas»—su libro fundamental, según declaración propia—, la vida se va ofreciendo cada día más como una resultante del operar continuo de las que él denomina fuerzas irracionales del hombre y que constituyen su mundo abisal, aquél donde el reobrar de las razones últimas se ve compelido por la mecánica del «miedo original», del hambre, de la «gana»... El resultado de sus viajes por toda la tierra, de sus navegaciones hacia lo profundo del hombre en sus reacciones inmediatas, ha sido lo que le ha llevado, como de la mano, hacia este pragmatismo de primer grado que le ha hecho levantar sus tiendas en torno al «hombre telúrico». Las razones del conde de Keyserling, pese a apoyarse en lo que él llama el mundo abisal, no pueden ser, a las veces, más superficiales. Una especie de biología es lo que surte a algunas de las divagaciones que el conde de Keyserling entrama con el espíritu del «mundo que nace».

En «La vida íntima», los temas de «Salud y Propiedad», «Familia y Matrimonio», «Progreso y Creatividad» y «Razón y Religión» se prestan a que el conde de Keyserling

realice a la vez una recapitulación y una introducción a todo su sistema de pensamiento. El mismo lo confiesa: este libro debe ser como una especie de catecismo, en el que, reunidas sus sugerencias acerca de estos temas próximos, abran a más vastos núcleos de lectores la atención hacia el total de su obra.

«La vida íntima», es pues, un libro de síntesis, aunque tan difícil sea la síntesis en la obra del conde de Keyserling. A lo largo de todo él, lo que se moviliza es lo abisal, en el amplio sentido que Keyserling concede a este concepto. El entramado del espíritu—esa última razón que a veces tan alegremente licencia Keyserling, a beneficio de un pragmatismo elemental—con las «razones abisales» del «hombre telúrico» dan por resultado ese delirante concepto de una humanidad en fuga que quiere reencontrar estribos para su marcha, y que el conde de Keyserling hace referirse a las actividades que el hombre desarrolla en las cercanías de su «vida íntima», desde el amor hasta la religión.

Al conde de Keyserling le es más cómodo seguir andando que encontrar las razones de la marcha.—J. M. A.

EL ABORTO. JURÍDICO, MÉDICO, SOCIAL, por Guillermo y Emilio Cabanellas. Madrid.

Un joven abogado, publicista, que en breve y luminosa carrera ha logrado crearse una sólida reputación (Guillermo Cabanellas) y un médico, análogamente joven y de indiscutida competencia (su hermano Emilio), han estudiado juntos el interesantísimo tema del aborto en sus aspectos jurídico, médico y social. Con valentía no muy frecuente, por desgracia, entre los nuevos valores del campo científico, rindiendo culto fervoroso a la verdad y analizándola con ánimo firme, libre de prejuicios y exentos de sectarismos deformadores, los hermanos Cabanellas han condensado en este pequeño volumen el fruto de sus desvelos, sin hipócritas disimulos ni engañosos eufemismos.

Apartándose de la senda interesadamente convencional—y por ello interesadamente engañosa—de la pseudocientífica eugenésia que pretende arrebatar a los pobres un derecho tan humano como el de la paternidad, vinculándolo a la prosperidad (como si a la riqueza de dinero hubiere de acompañar forzosamente a riqueza orgánica y fisiológica), manejan el escalpelo para examinar, a la luz de los principios de justicia, las ya desbridadas heridas.

La acomodación culpable y desconsoladora de los eugenistas adoradores del mal llamado orden social existente ha llevado a ilustres médicos hasta extremos que nos producen honda y dolorosa impresión. Encuentran no sólo natural, sino también conveniente, podar el árbol de la Humanidad, para que su ramaje quepa en los límites artificialmente impuestos a su desarrollo por los privilegiados. Criterio mezquino que da amargos y condenables frutos en el derecho positivo de algunos países. Los sabios eugenistas

han colocado a la colectividad en la cama de operaciones; han observado que algunos miembros del cuerpo social, favorecidos por anómalo crecimiento, absorben la casi totalidad de la energía disponible, mientras los demás, privados de lo que necesitan para su normal desarrollo, degeneran y se atrofian. Comprenden, sin duda, que la solución equitativa sería evitar que los miembros privilegiados consuman la energía que no necesitan ni les pertenece; pero también saben que son esos privilegiados los que dominan, los que poseen, los que dan honores, distribuyen prebendas... mientras los otros, los débiles, sólo proporcionan trabajo sin remuneración... El resultado de estas reflexiones es «rigurosamente científico»: toman partido por los poderosos y proclaman la conveniencia de exterminar a los débiles.—L. H. A.

ERCILLA AVENTURERO DE LA CONQUISTA por Mariano Latorre.

Nadie discute y muchos admiran el talento literario de Mariano Latorre y su alta pasión por las letras humanas. El afán

de componer o inventar relatos novelescos, ha llegado a ser casi una necesidad fisiológica del escritor. Este observa la vida con intención premeditada. En cada anécdota que escucha, descubre el motivo de un asunto, coge el nudo de un conflicto, extrae la raíz de una trama interesante. En cada tipo popular o de la clase media, ve un posible personaje, un héroe de la ficción, cuyos perfiles reales irá lentamente dibujando. Siempre, Mariano Latorre tiene algún tema en estudio, cuento o novela en perspectiva. Son almas y sucesos que danzan en su fantasía y no lo dejan tranquilo.

Y el escritor no es egoísta. Por el contrario. Generoso y comunicativo, suele obsequiar a sus íntimos con las primicias de su bella labor. A veces, de las simples referencias orales pasa a las escritas. Toma de su carpeta de profesor algunos papeles y, previas ligeras explicaciones, comienza a leer. Hay que oírlo. Este hombre lee con pasión y con profunda fe. Con amor por lo que ya ha escrito y también... por lo que va a escribir. ¡Qué fiesta la suya! En su rostro de francés típico, tan apacible de ordinario, percíbese extraña animación, especie de luz que viene desde adentro y le ilumina la frente, los ojos, hasta el cabello ligeramente en desorden. Francés, sí; un francés que se parece a alguien. ¡Claro! Con los anteojos de Carey y los bigotes recordados, este Mariano Latorre de hoy día nos hace recordar ciertos retratos de M. Paul Valéry!

El público conoce y aplaude al cuentista. Pero no son muchos los que se deleitan escuchando al conversador ingenioso y al certero glosador de fecundas y atentas lecturas. Mariano Latorre es «memorialista hablado». ¡Cuántos de sus numerosos recuerdos de la vida literaria chilena, diseminados en corrillo de compañeros, no merecerían los honores de un volumen! Hay momentos en que dan deseos de buscar una taquígrafa y pedirle que recoja fielmente sus palabras. En la charla,

Turín. A continuación expone Paul Pollitz la psicología criminal general, con una interpretación de la estadística criminológica; los aumentos de la delincuencia habitual y peligrosa; los caracteres de la reincidencia; las relaciones de la edad, el sexo, el matrimonio; los hijos ilegítimos en la criminalidad; la influencia económica, etc.

La segunda parte del libro de Paul Pollitz está dedicada a la psicología criminal especial, estudiando por separado las relaciones entre las enfermedades mentales y el delito (determinismo e indeterminismo, estado de degeneración, epilepsia, etc.), la importancia del alcoholismo, la prostitución y la mendicidad; la delincuencia juvenil, los delincuentes profesionales y habituales, los habidos contra la honestidad. Los últimos capítulos de la obra versan sobre lo que Paul Pollitz denomina «la jerga del delincuente» «leyes simbolismo del hampa».

RAIZ Y DECORO DE ESPAÑA, por Gregorio Mara-
ñón, Gregorio Mara-
ñaón.

Gregorio Marañoñ es de los hombres que gozan de un mayor prestigio en la España tumultuosa y en crisis de nuestros días. La clínica y el laboratorio han caminado hasta sus libros, en los que aparece un escritor fácil y atento. La aventura política—tan fecunda en popularidad casi siempre—ha recortado el perfil del prestigio nacional. El doctor Marañoñ ha podido influir en vastas zonas de nuestra vida: en la mesocracia, sobre todo. De sus libros y sus artículos se ha recolectado una buena parte de los tópicos en uso—y en abuso—entre la tan traída y llevada clase media española. El amor, por ejemplo, ha saltado desde los libros de Marañoñ, suscitando un pequeño mundo de preocupaciones, bien diversas a los sentidos hasta estas horas entre nosotros. ¡Quizás fuera ésta la primera de las razones que movieron su pluma! Sea como fuere, el hecho cierto es el del difuso prestigio del doctor Marañoñ, caso típico de la superstición sentida, en los últimos años corridos, ante el intelectual, viniera de donde viniese.

El doctor Marañoñ acaba de publicar un nuevo libro; se titula «Raíz y decoro de España». Y esto es lo que más me interesa señalar. Porque la fácil aceptación de las ideas movilizadas entre nosotros por Marañoñ obedecía seguramente a que éstas eran las que latían, en instantes determinados, en ciertos núcleos de la vida nacional. Gregorio Marañoñ, hábil captador, lo que hacía era moldearlos, para que cayeran envueltos con su prestigio entre su público. Y esto es lo que tiene de sintomático su nuevo libro, comenzando por el título. Y es que una nueva preocupación por España cruza por los ámbitos españoles.

Y dada la brevedad de este comentario, quiero, por lo menos, señalar algunas de las afirmaciones de Marañoñ. He aquí sus palabras, que tienen un sentido doloroso para nuestra patria, por cuanto ponen dedos en las llagas españolas. Al hablar del deber del trabajo dice: «Y este trabajo obligatorio,

ordenado y controlado rigurosamente desde arriba, característico del régimen dictatorial, tiene tal sentido de justicia, que constituye en verdad uno de los alientos más importantes de las organizaciones de disciplina rigurosa que están invadiendo Europa, frente al aflojamiento de los deberes fundamentales que para desdicha suya—y nuestra—caracteriza a las democracias», para venir a concluir, al finalizar este primer ensayo de su libro—«Los deberes olvidados»—, invocando las palabras de Mussolini: «Se acabó, por mucho tiempo, la vida cómoda».

El señalar el párrafo anterior como sintomático obedece, por un lado, a querer reflejar la tónica del libro; tónica que obedece a un continuo engallarse de las palabras España y patria, y por otro lado, a recoger—para muestra basta un botón—cual es la dura reacción de un hombre representativo ante españoles en estas horas de confusión y trán-la atonía que iba comiendo el ser y el pensar españoles en estas horas de confusión y tránsito.

El libro de Marañoñ—mosaico de diversos temas—se centra, pues, en una más alta preocupación: en aquélla que va invadiendo el pensar medio español para volver a crear estribos de grandeza.—J. M. A.

LA VIDA INTIMA, El conde de Key-
por el Conde de serling explica en el
Keyserling. (En- prólogo a su último
sa y o s proximis- libro la razón de éste.
tas). Madrid. Después de consignar
que su editor, Mau-
ricio Delmain es quien le dijo que su «filosofía de los afectos y pasiones del alma» era esencialmente «proximista», dice que tras «haber visto cuántas gentes están precisamente hambrientas de verdades familiares, resolvió escribir el libro» presente.

Para el conde de Keyserling, en reiteración que va a lo largo de sus obras afilándose, para concluir de perfilarse en sus «Meditaciones suramericanas»—su libro fundamental, según declaración propia—, la vida se va ofreciendo cada día más como una resultante del operar continuo de las que él denomina fuerzas irracionales del hombre y que constituyen su mundo abisal, aquél donde el reobrar de las razones últimas se ve compelido por la mecánica del «miedo original», del hambre, de la «gana»... El resultado de sus viajes por toda la tierra, de sus navegaciones hacia lo profundo del hombre en sus reacciones inmediatas, ha sido lo que le ha llevado, como de la mano, hacia este pragmatismo de primer grado que le ha hecho levantar sus tiendas en torno al «hombre telúrico». Las razones del conde de Keyserling, pese a apoyarse en lo que él llama el mundo abisal, no pueden ser, a las veces, más superficiales. Una especie de biología es lo que surte a algunas de las divagaciones que el conde de Keyserling entrama con el espíritu del «mundo que nace».

En «La vida íntima», los temas de «Salud y Propiedad», «Familia y Matrimonio», «Progreso y Creatividad» y «Razón y Religión» se prestan a que el conde de Keyserling

realice a la vez una recapitulación y una introducción a todo su sistema de pensamiento. El mismo lo confiesa: este libro debe ser como una especie de catecismo, en el que, reunidas sus sugerencias acerca de estos temas próximos, abran a más vastos núcleos de lectores la atención hacia el total de su obra.

«La vida íntima», es pues, un libro de síntesis, aunque tan difícil sea la síntesis en la obra del conde de Keyserling. A lo largo de todo él, lo que se moviliza es lo abisal, en el amplio sentido que Keyserling concede a este concepto. El entramado del espíritu—esa última razón que a veces tan alegremente licencia Keyserling, a beneficio de un pragmatismo elemental—con las «razones abisales» del «hombre telúrico» dan por resultado ese delirante concepto de una humanidad en fuga que quiere reencontrar estribos para su marcha, y que el conde de Keyserling hace referirse a las actividades que el hombre desarrolla en las cercanías de su «vida íntima», desde el amor hasta la religión.

Al conde de Keyserling le es más cómodo seguir andando que encontrar las razones de la marcha.—J. M. A.

EL ABORTO. JURÍDICO, MEDICO, SOCIAL, por Guillermo y Emilio Cabanellas. Madrid.

Un joven abogado, publicista, que en breve y luminosa carrera ha logrado crearse una sólida reputación (Guillermo Cabanellas) y un médico, análogamente joven y de indiscutida competencia (su hermano Emilio), han estudiado juntos el interesantísimo tema del aborto en sus aspectos jurídico, médico y social. Con valentía no muy frecuente, por desgracia, entre los nuevos valores del campo científico, rindiendo culto fervoroso a la verdad y analizándola con ánimo firme, libre de prejuicios y exentos de sectarismo deformadores, los hermanos Cabanellas han condensado en este pequeño volumen el fruto de sus desvelos, sin hipócritas disimulos ni engañoses eufemismos.

Apartándose de la senda interesadamente convencional—y por ello interesadamente engañosa—de la pseudocientífica eugenesia que pretende arrebatar a los pobres un derecho tan humano como el de la paternidad, vinculándolo a la prosperidad (como si a la riqueza de dinero hubiere de acompañar forzosamente la riqueza orgánica y fisiológica), manejan el escalpelo para examinar, a la luz de los principios de justicia, las ya desbridadas heridas.

La acomodación culpable y desconsoladora de los eugenistas adoradores del mal llamado orden social existente ha llevado a ilustres médicos hasta extremos que nos producen honda y dolorosa impresión. Encuentran no sólo natural, sino también conveniente, podar el árbol de la Humanidad, para que su ramaje quepa en los límites artificialmente impuestos a su desarrollo por los privilegiados. Criterio mezquino que da amargos y condenables frutos en el derecho positivo de algunos países. Los sabios eugenistas

han colocado a la colectividad en la cama de operaciones; han observado que algunos miembros del cuerpo social, favorecidos por anómalo crecimiento, absorben la casi totalidad de la energía disponible, mientras los demás, privados de lo que necesitan para su normal desarrollo, degeneran y se atrofian. Comprenden, sin duda, que la solución equitativa sería evitar que los miembros privilegiados consuman la energía que no necesitan ni les pertenece; pero también saben que son esos privilegiados los que dominan, los que poseen, los que dan honores, distribuyen prebendas... mientras los otros, los débiles, sólo proporcionan trabajo sin remuneración... El resultado de estas reflexiones es «rigurosamente científico»: toman partido por los poderosos y proclaman la conveniencia de exterminar a los débiles.—L. H. A.

ERCILLA AVENTURERO DE LA CONQUISTA por Mariano Latorre.

Nadie discute y muchos admiran el talento literario de Mariano Latorre y su alta pasión por las letras humanas. El afán

de componer o inventar relatos novelescos, ha llegado a ser casi una necesidad fisiológica del escritor. Este observa la vida con intención premeditada. En cada anécdota que escucha, descubre el motivo de un asunto, coge el nudo de un conflicto, extrae la raíz de una trama interesante. En cada tipo popular o de la clase media, ve un posible personaje, un héroe de la ficción, cuyos perfiles reales irá lentamente dibujando. Siempre, Mariano Latorre tiene algún tema en estudio, cuento o novela en perspectiva. Son almas y sucesos que danzan en su fantasía y no lo dejan tranquilo.

Y el escritor no es egoísta. Por el contrario. Generoso y comunicativo, suele obsequiar a sus íntimos con las primicias de su bella labor. A veces, de las simples referencias orales pasa a las escritas. Toma de su carpeta de profesor algunos papeles y, previas ligeras explicaciones, comienza a leer. Hay que oírlo. Este hombre lee con pasión y con profunda fe. Con amor por lo que ya ha escrito y también... por lo que va a escribir. ¡Qué fiesta la suya! En su rostro de francés típico, tan apacible de ordinario, percíbese extraña animación, especie de luz que viene desde adentro y le ilumina la frente, los ojos, hasta el cabello ligeramente en desorden. Francés, sí; un francés que se parece a alguien. ¡Claro! Con los anteojos de carey y los bigotes recordados, este Mariano Latorre de hoy día nos hace recordar ciertos retratos de M. Paul Valery!

El público conoce y aplaude al cuentista. Pero no son muchos los que se deleitan escuchando al conversador ingenioso y al certero glosador de fecundas y atentas lecturas. Mariano Latorre es «memorialista hablado». ¡Cuántos de sus numerosos recuerdos de la vida literaria chilena, diseminados en corrillo de compañeros, no merecerían los honores de un volumen! Hay momentos en que dan deseos de buscar una taquígrafa y pedirle que recoja fielmente sus palabras. En la charla,

posee este hombre el dón natural de la evocación pintoresca. En breves frases, pinta un carácter, describe un hecho o reconstruye el drama de toda una existencia. Pocos saben como Mariano Latorre referir, rápidamente, el argumento de una novela o de cualquier libro histórico, político o social. Toca los puntos esenciales y transmite a quien lo escucha una idea justa, perfecta, del autor y de la obra. Hay en su conversación un poder de síntesis que a veces no se encuentra en sus narraciones novelescas.

¡Que se nos perdone este largo exordio, esta involuntaria digresión! Leyendo «Ercilla, aventurero de la conquista», hemos pensado, una y otra vez, en ese Mariano Latorre ignorado, charlador inimitable de asuntos literarios y autor de muchas y muy valiosas notas críticas. No es crítico profesional el novelista de «Zurzulita», ni quiere serlo. Carece de método. Mejor dicho, sonríe y con razón ante todos los métodos, por excelentes que le parezcan... Lo esencial, lo que distingue al escritor, es su contenido humano, aquello que no se adquiere a fuerza de paciencia, ni puede transmitirse como las enfermedades. Las leyes del espíritu son más misteriosas que las misteriosas leyes de la vida. El talento literario, la fuerza creadora, el sentido artístico, el dón de la observación penetrante y rápida, el conocimiento de las almas, son cualidades que algunos seres traen felizmente a este mundo, pero que en él no se consiguen. Puede un hombre perfeccionar sus propias posibilidades, y es lógico que, en el decurso de un destino, así suceda. Pero, nada más. De ahí la importancia secundaria del método en los problemas del intelecto.

En las notas, digamos así, que Mariano Latorre ha escrito sobre Ercilla, hay mucho de la técnica impresionista del narrador y del pintor esencialmente objetivo. En pequeños cuadros, bien dibujados y con un colorido agradable, expone la maravillosa aventura del paje-cortesano que se convierte en guerrero-poeta. Ahondando en su tema, el novelista busca las causas lejanas y próximas de esta sorprendente conversión. Entre las primeras, anota que «el espíritu de aventura es una lógica consecuencia de la fe y de la acción, estrechamente unidas en el alma española del Renacimiento». Entre las segundas, destaca la codicia, que va creando en la imaginación de los conquistadores una América diversa de la real. «Gloria y riqueza esperan el europeo que se decida a atravesar el océano y descubrir nuevas tierras. El hidalgo se hace millonario; el porquero se ennoblesce».

El caso de Ercilla ha inspirado muchos estudios literarios. Pero, todos los críticos se detienen en la interpretación de «La Araucana»; obra «sui generis», inclasificable dentro de la épica tradicional, según Solar Cordera: Y la figura del poeta se desvanece ante las búsquedas de los eruditos. El hombre Ercilla, con sus vicios y virtudes, su pequeñez y su grandeza, también desaparece. Conocemos al cantor de dos razas, al aventurero que

recoge de noche lo que ha visto de día... Faltaba la semblanza humana de don Alonso de Ercilla y Zuñiga, en la cual se expusiesen sus antecedentes raciales y de familia, los motivos de su viaje, las reacciones que provocaron en su alma el paisaje, las costumbres y los habitantes de este país, los sentimientos contradictorios de su corazón... Algo de esto nos ofrece Mariano Latorre en este ensayo de agradable lectura. «La familia de Ercilla—escribe nuestro autor—es de rancia estirpe vizcaína, Su solar. Bermeo, mira al golfo de Vizcaya y hasta un barco que persigue a una ballena figura en el viejo escudo de la villa, fundada por los romanos. Hay, pues, en su origen, una semilla de aventura. Como Elcano y Loyola, Ercilla es un vasco embrujado por Castilla, pero sus características raciales no se desmienten ni en su obra ni en su temperamento. Desde luego, un cierto sentido práctico al cual está supeditada su propia imaginación de poeta».

Y hasta un fugaz paralelo, bien significativo, intenta Mariano Latorre entre Ercilla y su compatriota y colega, el Poeta Pedro López de Ayala, del siglo XIV. En ambos se advierte una misma y recia complejión moral, y el deseo de obtener beneficios hasta de sus propias desgracias y reveses. Eran, a la vez, idealistas y hombres prácticos, prototipos de su raza y de todas las razas, almas de su tiempo y de todos los tiempos.—M. V.

M E M O R I A S de Stresemann ha sido Gustavo Stresemann, Madrid. las figuras más destacadas de la política

internacional en los últimos tiempos. El dirigió la política alemana en los momentos más difíciles de la postguerra y él fué uno de los paladines más decididos de la causa mundial de la paz. En su lucha difícil y denodada por el porvenir de Alemania y de Europa, abrió nuevos rumbos a la política internacional, desplegando, no obstante su precaria salud, una extraordinaria actividad diplomática, inspirada por su claridad y franqueza características. Seis años duró su actividad como hombre de Estado y en ese tiempo, relativamente breve, realizó una inmensa labor en beneficio de Alemania, para la que consiguió una mejor comprensión de las otras potencias, y en provecho de la gran obra de la paz, de la cual fué, con Briand, uno de los más fervientes defensores. Si su gran obra, sincera e inspirada en un alto ideal humano, no ha tenido las consecuencias prácticas que de ella debieron esperarse, es porque posteriormente fué desvirtuada y aun destruída sistemáticamente por los gobiernos posteriores de su patria y por las duras vicisitudes de la crisis mundial que ha exacerbado la desconfianza y el espíritu de agresividad entre los pueblos.

Las memorias de un hombre como Stresemann tienen por fuerza que ser interesantes. Quien tan directa intervención tuvo en los negocios mundiales conserva en sus archivos riqueza incalculable de documentos del más alto valor. Dichos documentos, unidos al recuerdo personal de los hechos de que

fué testigo y actor, pueden revelar muchos secretos de la política internacional y dar la clave de los más desconcertantes actos de gobierno. Siempre fueron las memorias políticas predilecta lectura para la ávida sed de enterarse de los que siguen paso a paso las trascendentales vicisitudes de la vida económica, social y política del mundo.

En lo que respecta a las memorias de Stresemann se ofrecen circunstancias especiales. El político alemán, como todo estadista, creyó oportuno y conveniente publicar sus memorias, y con ese objeto encomendó al encargado de su archivo particular que ordenara sus papeles más importantes. Al mismo tiempo se puso en relación con una casa editorial de Berlín, para que el primer tomo apareciera el 10 de Mayo de 1928, día en que él cumplía cincuenta años de edad. Pero su estado de salud era precario y el excesivo trabajo lo agravó hasta el extremo de que en los primeros días de Octubre de 1929 murió Stresemann, dejando sin realización su proyecto de redactar sus memorias. Por fortuna, uno de sus colaboradores, Henry Bernhard, secundado por Wolfgang Goetz, historiador y poeta, y por Paul Wiegler, reputado biógrafo, se encargó de llevar a cabo el deseo de Stresemann. Con los abundantes documentos que les entregaron la viuda y los hijos de Stresemann hicieron una selección que, acertadamente clasificada y ordenada, constituye el extenso memorial del ilustre estadista. El grueso tomo en que se contienen las memorias, traducidas directa y escrupulosamente del alemán por Felipe Villaverde, está precedido de una amplia biografía de Stresemann.

HISTORIA DE EUROPA EN EL SIGLO XIX, por Benedetto Croce. Madrid.

Un libro como éste de Benedetto Croce, «Historia de Europa en el siglo XIX», debería ser leído por todos. Por todos cuántos ven hoy día—con gusto o con disgusto—acabado el liberalismo, «la religión de la libertad». ¿Acabado? «Un fenómeno semejante en la historia de la Humanidad—dijo Kant hacia 1798, refiriéndose a la Revolución francesa—no se olvida ya nunca, entre otras razones, porque ha descubierto una disposición, una potestad de mejoramiento en la naturaleza humana, como ningún político hubiera tenido la habilidad de obtener del curso de las cosas hasta el presente». El siglo XIX europeo, incluso el americano, es hijo de aquel fenómeno inolvidable. Al final de la aventura napoleónica, los pueblos europeos se reajustan, se rehacen a sí propios, atendiendo indistintamente a combatir privilegios políticos y civiles, a canjear el absolutismo por el constitucionalismo, a corregir el sufragio, a lograr la unidad nacional... Eran nuevas exigencias, o si se quiere, necesidades, con las cuales los pueblos europeos, y los americanos también (éstos en su impulso liberatorio, arrojando el dominio más o menos extranjero), entran con violencia o lentamente en un ambiente recién creado, ilusionado. ¿De dónde procedería esta ilu-

sión? Simplemente de una palabra: libertad, cuyo significado iluminaba el pasado, el presente y el porvenir. Porque si es cierto que la palabra no era precisamente nueva, su reciente concepto, en cambio, sí lo era: se había llegado a él, conducido por todas las experiencias para lograr una identidad perfecta entre la historia y la libertad misma.

«El hombre—afirma Croce—no se veía lanzado fuera de la historia, ni tenía que rechazar el pasado como una vergüenza, sino que, verdadero e infatigable autor de ella, se contemplaba en la historia del mundo como en la de su misma vida. La Historia no aparecía de cierta despiritualidad y abandonada a fuerzas ciegas o regida y encaminada sucesivamente por fuerzas extrañas, sino que era obra y actuación del espíritu, y puesto que espíritu es libertad, obra de la libertad». Toda ella, como obra de la libertad, su único y eterno momento positivo, que sólo se actúa en la secuela de sus formas y confiere a éstas significado, y que sólo explica y justifica el papel desempeñado por los momentos negativos de la libertad, con sus comprensiones, opresiones, reacciones y tiranías que—como hubiese dicho también Vico—parecen travesías («travesie») y son oportunidades («opportunitá»).

Croce nos explica maravillosamente la historia del siglo XIX europeo en función de este descubrimiento, la religión de la libertad, a cuyo avance se opusieron con tenacidad, y siguen oponiéndose aún, aquellas otras doctrinas, políticas o religiosas, de más viejo abolengo. Siguiendo el hilo del siglo XIX, expone el autor la resistencia, oposición al predominio absolutista (1815-1830), los progresos del movimiento liberal (1830-1847), las revoluciones liberales nacionales, las revoluciones democrático-sociales y las reacciones (1848-1851), la unificación del Poder germánico (1870), la era propiamente liberal (1871-1914).

No es posible recoger en una breve reseña, los múltiples aspectos de la espléndida historia del gran pensador. Señalemos, sin embargo, sus primeros capítulos, resumen de la evolución del pensamiento político en Europa, así como su hermoso ensayo sobre el romanticismo. Igualmente es interesante, incluso conmovedor, por lo que tiene de humana elegía, el epílogo de esta obra, donde Croce medita entristecido a la vista de la Europa actual.

PROBLEMAS DE GOBIERNO SOCIALISTA, por Cripps, Sir Stafford, y otros. Con un estudio preliminar de don Julián Besteiro, ex-Presidente de las Cortes constituyentes. Madrid.

Desde hace algún tiempo venía siendo poco menos que un lugar común la afirmación de que el socialismo carecía de un programa adecuado para los tiempos actuales; apreciación debida, sin duda al hecho de que los exponentes más brillantes de la doctrina dedicaban sus especulaciones a profundos comentarios de las teorías marxistas más que a trazar el esquema de

una sociedad socialista. Esto era debido también al hecho de que el socialismo científico ha surgido como oposición a las concepciones utópicas sansimonianas y otras semejantes de principios del pasado siglo. De ahí que se interpretasen afirmaciones, como la de Vandervelde, de «que los socialistas no son arquitectos sociales», y la de Kautsky, «que es ridículo el exigir a los socialistas que describan el plan de la sociedad futura y las medidas de transición» como sinónimas de la imposibilidad en que se hallaban de ofrecer un esquema organizativo del Estado socialista futuro.

Los escritores socialistas replican: «El socialismo no sólo tiene principios fundamentales en que asentar sus concepciones, sino que en la mayoría de los países dispone de amplios planes de acción transicionales y definitivos, cuya implantación podrá acometer tan pronto como llegue al Poder.

«Es más: los socialistas ingleses—pues ahora tras las conferencias de Léicester y de Hastings, se puede llamar así a los laboristas—, en su afán para que nadie tenga motivo para llamarse a engaño y para que el electorado sepa con precisión casi matemática cómo se habrá de gobernar, si llegan al Poder, han emprendido la publicación de libros y folletos en que se esquematiza de modo que no cabe lugar a dudas todo el extenso y coordinado plan de estructuración del Estado socialista».

No es éste el momento de impugnar afirmaciones tales. El trabajo más importante y que ha sido objeto de amplia discusión en todos los sectores de opinión—desde el conservador «The Times», que le ha dedicado editoriales, abajo—es el desarrollado en el libro «Problemas de gobierno socialista», publicado por la Liga Socialista, que comprende estudios y planes para cada una de las distintas esferas de acción, y cuya redacción ha sido encomendada a los especialistas más reputados en las distintas modalidades. Así, sir Staffor Cripps, la figura más relevante actualmente del movimiento, estudia el problema constitucional; Wise, el problema de las finanzas y financieros; el profesor Cole, el control de la industria, etc., etc.

El libro, interesante de leer en los momentos actuales, pues, aparte de lo magistralmente escrito y estudiado de cada tema, es imprescindible para conocer los objetivos actuales del movimiento socialista, desligando serenamente esas doctrinas de personalismos y apasionamientos a que aquí somos tan inclinados. Ahitos como estamos de literatura comunista y anti-comunista, no podrá decirse que se conocen las verdaderas tendencias del socialismo contemporáneo si no se han leído los interesantísimos trabajos sobre el socialismo constructivo incluidos en los «Problemas de gobierno socialista».

Y para mayor ventaja, este libro, que ha sido traducido por Luis A. Vigil Escalera, que ha convivido durante algún tiempo con los laboristas ingleses, está avalorado con una brillante introducción escrita por una de las más destacadas figuras del socialismo español, destacada autoridad para presen-

tar cumplidamente a sus eminentes camaradas ingleses: hemos nombrado a don Julián Besteiro.

OBRA COLECTIVA: IBERO-AMERICANA Y ALEMANIA. Berlín.

El pueblo alemán siente la necesidad de estrechar sus relaciones económicas y culturales con España y con las naciones iberoamericanas. A ese fin va encaminado este tomo, en el cual han colaborado diferentes escritores y en el cual se publican íntegros importantes discursos del canciller Hitler y del Ministro de Negocios Extranjeros von Neurath. Los estadistas e industriales alemanes conocen la importancia de España y de la América española; reconocen que, a pesar de la decadencia de la Metrópoli, hay una gran corriente de aproximación entre ambas y que, en virtud de la misma, la cultura y la civilización hispánica están llamadas a un gran porvenir. Por eso muestran singular empeño en convencer a España y a la América española de la corrección del Reich en asuntos de política internacional, de su sincera adhesión a la causa de la paz y de que le han sobrado motivos para retirarse de la Conferencia del Desarme y de la Sociedad de Naciones.

Estas razones son en substancia las siguientes: los Tratados de paz y la Sociedad de Naciones tienden a perpetuar la guerra y a dividir casi para siempre Europa en los dos grupos de naciones, vencedoras las unas y vencidas las otras. Una Sociedad de Naciones llamada a hacer reinar la justicia en el orden internacional no puede tener como uno de sus fines principales el cumplimiento de unos Tratados en los cuales las potencias vencedoras impusieron a las vencidas durísimo yugo, con olvido de la justicia. La igualdad de derechos entre todos los Estados ha de ser la base de toda verdadera Sociedad de Naciones y no lo es de la actual. Alemania se ha desarmado y exige que las demás naciones se desarmen también, al menos por etapas. Hoy, para el caso de guerra, Alemania tiene elementos tres mil veces inferiores a los de Francia. No se puede proclamar como proclama Francia: primero seguridad y luego desarme; primero control y luego desarme. Alemania ha dado todas las seguridades imaginables; por boca del canciller nacistá proclama que quiere la paz, que no quiere germanizar franceses ni polacos, que está convencida de que los males de una guerra, aun victoriosa, serían para Alemania mucho mayores que las ventajas. Toda esta argumentación es robusta; más débiles son los argumentos de Hitler cuando quiere justificar la expulsión de judíos y comunistas. Se recuerda a los hispanoamericanos que Bolívar aceptó los mismos principios que hoy proclama Alemania: igualdad de derechos, desarme y arbitraje obligatorio.

Con mucho empeño se exponen los lazos culturales que han unido a España y América con Alemania. Para España se citan los nombres de Finke, Pfandl, y otros hispanistas, así como la gran corriente intelectual

hispanogermánica; para América se parte del viaje de Humboldt y se cita la gran labor de los profesores alemanes en las Universidades americanas. En varios artículos se estudia la obra realizada en Instrucción pública por la República española. Los autores quieren mostrarse imparciales en nuestro conflicto político; reconocen la pureza del catolicismo en España, pero atribuyen el conflicto parte al Estado y parte a la Iglesia, singularmente a ciertos eclesiásticos que no se nombran. No hay tal cosa; la culpa pertenece por entero al feroz sectarismo de los Gobiernos. Tampoco es verdad que la Monarquía española tuviese un carácter en gran parte feudal y que la Iglesia fuese amparadora de ese supuesto feudalismo. No había ningún feudalismo en la industria ni en el comercio; por lo que hace a la agricultura, no se puede encontrar resto de feudalismo en la existencia de latifundios en Andalucía y Extremadura. Pero, ¿cuándo se ha declarado la Iglesia favorable a los latifundios? Los católicos fueron los únicos que antes de 1931 hicieron algo para la parcelación de latifundios. Algún colaborador de este libro reconoce la fuerza del movimiento social católico en España. No es verdad que la Iglesia tuviera en España enormes privilegios; el millón anual de pesetas que recibía la Institución libre de enseñanza del presupuesto, y del cual se ha aprovechado para descatalogar una parte no pequeña de nuestros intelectuales, valía más que todos los privilegios de la Iglesia. Indiquemos otras inexactitudes; los ricos no enviaban por moda sus hijos a los colegios religiosos; la obra republicana en Instrucción pública ha sido en conjunto funesta, y no digamos nada de la Reforma agraria. Se recoge el anhelo cultural que los católicos españoles demuestran hoy y se citan los cursos de verano en Santander, añadiéndose que no se sabe si la cultura católica vencerá a la laica. Debe esto servir de estímulo a la Acción Católica; por nuestra parte, creemos que la cultura católica triunfará. No se quiere reconocer la fe católica como uno de los factores del alma de la raza hispanoamericana. ¿Quién no verá en esto un prejuicio?

Muy atinadas son todas las consideraciones que se hacen sobre la posibilidad de aumentar las relaciones económicas, ya que nuestra economía y la alemana son complementarias. El considerable decrecimiento del comercio hispanoalemán en los últimos años no debe desanimarnos. Ya que la conferencia económico-mundial ha fracasado, debe aspirarse a crear grupos económicos de naciones, y uno podría ser el germano-hispanoamericano.

BEAUTY AND OTHER FORMS OF VALUE, por S. Alexander. Londres.

Resulta para nosotros algo incomprendible que ofrezcan todavía tema de polémica filosófica los conceptos dogmáticos del Obispo Jorge Berkeley. En estos días de rápidos progresos científicos, de acusados matices «realistas», de una avasalladora tenden-

cia hacia la objetividad, continúa ejerciendo gran influencia en el pensamiento filosófico inglés la exposición doctrinal del teólogo protestante que niega en absoluto la realidad de las cosas. No hay, en síntesis, otra realidad que la subjetiva. Todo es ficción, como corresponde a una vigorosa mente creadora de fantasía y visiones sin más realidad que la que tienen, al despertar, las cosas soñadas.

Ya en su tiempo eran las doctrinas filosóficas de Berkeley objeto de apasionados comentarios y materia de controversia. Habían nacido con la única finalidad de salir al paso de un acusado materialismo en los años de ebullición occidental que echaban los cimientos para todo el edificio que cobija las doctrinas del «Contrato social», el utilitarismo, etc. Berkeley era a la vez una de las figuras más discutidas y combatidas de la época y una de las esperanzas del «idealismo», que luchaba por crear un ambiente nuevo distinto que echase a rodar los fundamentos mismos de esta interpretación materialista. El apasionamiento de la época adquiría con frecuencia matices de exilarante comicidad. Se recuerda, por ejemplo, que paseando el doctor Samuel Johnson con uno de sus tertulios habituales, derivó la conversación acerca del «idealismo» de Berkeley. Contra su costumbre, Johnson escuchaba, sin pronunciar una palabra, sin hacer un gesto. Hasta que cansado, al parecer, de tanta «irrealidad», en la que el mundo de la existencia era una farsa, una ficción absoluta, empujó un gran peñasco hasta el camino y rogó a su compañero que caminase sin torcer el rumbo, a fin de cerciorarse de si el peñasco era, en realidad, una ilusión mental, desnucándose al tropezar con él. La controversia ante el materialismo y el idealismo se había llevado hasta el absurdo.

Esta misma contraversia filosófica—en la que abundan mezclas exóticas que rayan con frecuencia en lo pedantesco—se revive con ímpetu vigoroso. A ella se entrega en cuerpo y alma el profesor S. Alexander, cuya obra «Space, Time, and Deity», le ha conquistado merecida reputación.

Si bien para el profesor Alexander, en su concienzudo análisis de «Belleza y otras formas de valor», la tesis se basa en la necesidad de una reconstrucción objetiva de los valores filosóficos, abundan aquí matices de un elevado «idealismo objetivo» que sitúa la mente como un agente activo que desempeña una función muy distinta a la pasividad receptora que le asignaba Berkeley. Creadora, sí. Pero siempre tomando como punto inicial de partida al mundo de la experiencia. Una de las afirmaciones más provocativas que hace consiste en la definición de la «verdad», que sigue a una esmerada—elegante con frecuencia—exposición de la objetividad de los valores filosóficos. «La verdad—dice—es objetiva, como la belleza, y por las mismas razones. Trata de las ciencias de la Naturaleza con cosas públicas, y cuando, como en psicología, su objeto son estados mentales que son privativos del individuo, los trata como casos típicos, no por su valor privado, sino como condiciones que pueden ser comprobadas en

el grado de la experiencia privada de otras personas.

LA POESIA DE JULIO HERRERA Y REISSIG, SUS TEMAS Y SU ESTILO, por el Dr. Yolando Pino Saavedra. Prensas de la Universidad de Chile. Santiago, 1932.

Sin un elogio. Y todo él exaltación. Con la aparente gravedad de un profesor germano, sobrio en el gesto, pero profundo en el desentrañar riqueza de intuiciones, sube a la cátedra americana un esteta de Chile para introducir una sonda simpática en versos —más grandes cuanto más discutidos son— de un poeta nuestro que confesó sentir escalofríos ante lo subconsciente del mismo gran Todo. Con método absoluto, ayudado por modernísima bibliografía—que debe servirnos de modelo—Yolando Pino Saavedra descubre en la poesía de Herrera y Reissig, esos rayos infrarrojos y ultravioletas—que, según bella frase de Amado Alonso—debe hallar la estilística contemporánea en la investigación de la «atmósfera interior» del poeta. Hombre joven, nacido en 1901 en Parral, Pino Saavedra, luego de cursar estudios en los centros oficiales de su país, buscó nuevos horizontes en Alemania. En 1925 se le designó lector de español en la Universidad de Hamburgo, y, durante su estada en la referida ciudad, estudió, hasta 1930, Filología románica, Ciencias literarias en general e Historia de la Literatura alemana moderna. Su tesis doctoral es el estudio sobre Herrera y Reissig. Y es una obra definitiva. No sé si debemos enorgullecernos o avergonzarnos de que venga de afuera. Eso es muy nuestro. De nuestra raza. Hasta hace poco tiempo lo mejor que se había escrito sobre literatura hispana, era

inglés o francés o alemán o norteamericano. Sólo la inquietud de Pelayo, continuada por la mirada al norte de su sobrino, el académico don Ramón, por los discípulos de éste y por Ortega y Gasset, ha logrado crear la crítica de España vista y sentida a través de espíritus españoles. Nosotros, sin Facultad de Humanidades, sin estudios filológicos serios, debemos aprender mucho de ese movimiento que tiene como adelantado y guía en la capital vecina a Amado Alonso y que plasma con una labor meritísima más allá de los Andes, en ese estudio grave y claro a la vez, que me causa alegría poder anunciar a los lectores de «Cátedra».

Sin errores—y es difícil que un libro escrito fuera de ambiente no los tenga—el crítico hace un bosquejo de la personalidad de Reissig y luego entra al estudio de sus temas. Más adelante aborda el análisis esencialmente estilístico. Colores, sonidos, imágenes olfativas y de estados de alma, kimestesias, epítetos, comparaciones, metáforas, vivificación y personificación de fenómenos sintácticos, creación de palabras. Todas esas peculiaridades aparecen tan bien disecadas en vivo, permítaseme la paradoja, que nos afirman más y más en nuestra fe en el verso herreissiano. Pero hay algo más: nos aclara la intuición genial del poeta que, al verter su espíritu complejo en sus páginas, dijo cosas in o sub conscientes no estudiadas en la psicología de su época y que ahora están apasionando a los investigadores del mundo anímico. Me es imposible continuar el análisis. Un trabajo de esa naturaleza—síntesis de largas horas de investigación—no puede ser concretado en una página.

Quede en estas columnas un pozo de la reacción favorable y simpática que su lectura me ha producido. «Cátedra», Noviembre de 1933. Montevideo.—Sabat Pebet.

REVISTAS

Revista de Ingeniería Industrial. Año V. N.º 44. Enero de 1934. Madrid.

Publicación de la Asociación Central de Ingenieros Industriales.

SUMARIO: Movimiento de lazo de los vehículos ferroviarios, por Carlos Laffite; Características térmicas de los derivados del petróleo, por Javier Prat Meseguer; Proyecto de bases de una legislación industrial, por Francisco de las Cuevas, etc.

Revista de Sanidad Naval. Tomo III. núms. 14 y 15. Octubre y Noviembre de 1933. Santiago.

SUMARIO: Grupos clínicos o el concepto moderno de la profesión médica, por Bracey R. Wilson S.; Consideraciones sobre el resultado de algunas frenicectomías practicadas en el Hospital Naval «Almirante Neff», por Víctor Katz;

Un esquema original y unas ideas generales sobre quiruterapia de la tuberculosis pulmonar, por Juan Marín R.; Sobre patogenia de la tuberculosis, por Juan Marín R.; Caso clínico, por Jorge Oyarzún D.; Leche desecada, por Luis Bernales O.

Annales de L'Université de Paris. 9^e année. N.º 1. Janvier - Fevrier 1934. Paris.

Arnaud Denjoy; Paul Painleve. Faculté des Sciéncias: Rapport annuel du Doyen, 1932-1933; Georges Millardet; Leçon

d'ouverture du cours de Philologie romane, donnée a la Sorbonne le 8 Décembre 1933. Pasteur-Vallery-Radot. Emile Roux et Albert Calmette. Les Instituts de l'Université de Paris: Rapports annuels (suite) Institut d'Etudes sémitiques. Vie scientifique. Traux et Publications.

Cátedra. N.º 2. Noviembre de 1933. Montevideo. Director: Carlos Lacle.

Organo de la Asociación de Profesores de E. Secundaria y Preparatoria del Uruguay.

SUMARIO: Carlos Lacle: Sentido de la reforma; Luis Arcena: La

formación del profesor en la Argentina; Orestes Baroffio: ¿A dónde vamos?; Eduardo J. Couture: Ciencia y Técnica; Emilio Oribe: Avión de sueños (poema); Bibliografía.

Boletín del Museo Nacional de Bellas Artes. Año I. Vol. I. Abril de 1934. Buenos Aires: Director: Atilio Chiappori.

SUMARIO: Sala Carlos E. Zuberbühler, por Atilio Chiappori; Galerías Privadas, por Augusto Da Rocha (hijo); Colección Shaw; Biblioteca; José Llimona; Noticiario.

Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana. Año 13. N.º 4. Abril de 1934. Washington.

SUMARIO: La sanidad y beneficencia en Honduras, por el Dr. Pedro H. Ordóñez Díaz; Epidemiología da febre amarela no Brasil, por el Dr.

Fred L. Soper; Introducción a la biodemografía, por el Dr. Walter F. Willcox; Localización ginitourinaria de la filaria, por el Dr. Hugo Y. Young; Les examens médicaux périodiques chez les enfants et les jeunes, por el Dr. J. McMullen.

Boletín de Minas y Petróleo. Tomo V. N.º 33. Abril de 1934. Santiago.

Organo del Departamento de Minas y Petróleo del Ministerio de Fomento.

SUMARIO: Consideraciones sobre la minería aurífera, por el Ing. de Minas Sr. Ernesto Bianchi; Informe preliminar sobre el mineral de Caracoles, por el Ing. de Minas Sr. Benjamín Leiding; La puesta en marcha de la usina siderúrgica de Corral, por el Ing. Sr. Carlos Banse.

Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales. Tomo XII. N.º VII. Enero de 1934. Tegucigalpa.

El sumario de esta publicación viene dividido en las siguientes secciones, cada una de las cuales trae un material interesante y variado: Sección de Historia y Geografía; Sociedad de Geogra-

fía e Historia de Honduras y Sección Científico-Literaria.

Revista de la Asociación de Ingenieros Agrónomos. Año VI. N.º 1. Marzo de 1934. Montevideo.

Estado actual del tambor y su evolución en el futuro, por Esteban F. Campal Gómez. (Monografía que obtuvo el 1er. Premio Cooperativa de

Lecherías «Cole», 1933).

La Clínica. Año XI. N.º 4. Abril de 1934. Barcelona. Director: E. Mías Codina.

SUMARIO: Estado actual del problema de la insuficiencia hepática, por el Dr. Diego Moxó Querí; Un caso de tuberculosis pulmonar con extensas adherencias pleurales, por el Dr. Pedro Llorens; Un caso de pleuresía purulenta a neumococos, curado con tratamiento médico, por Emilió Piqueras Antolí; La mano, auxiliar precioso y eficaz en algunas distocias, por el Dr. F. Prubasta; Acerca de la fiebre aséptica de los recién nacidos, por el Dr. R. Soto Iribarren.

Boletín de la Sociedad de Cirugía de Montevideo. Tomo V. N.º 1. Año 1934. Montevideo.

Organo oficial de la Sociedad de Cirugía de Montevideo. SUMARIO: Relaciones de la Radiología y la Cirugía, por el Dr. J. Cunha (Discusión).

Boletín Minero de la Sociedad Nacional de Minería. Año L. Vol. XLVI. N.º 408. Abril de 1934. Santiago.

SUMARIO: El Congreso Minero de Copiapó; El desarrollo de la minería aurífera en Rumanía, por S. H. Berthelot; Lavaderos de Oro en Chile; Las Compañías

mineras y su facultad de emitir acciones, por el señor Emilio Tagle Rodríguez, etc.

Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril. Año 51. N.º 4. Abril de 1934. Santiago.

SUMARIO: El turismo y los FF. CC. del Estado, por Santiago Marín Vicuña; Penco y Tomé, sus fábricas, por C. Fernández Pradel; La 8.ª

Conferencia General por A. Perard; etc.

Geographical Journal (The). Vol. LXXXIII. April 1934. Londres.

Douglas Freshfield (1845-1934). Northern Rhodesia - Belgian Congo Boundary.

In Search of Zorzura. Saxton's Survey of Northern England. The first Sighting of Australia by the English. Moving Swampon Ceylon. The Carte du Monde au Millio-nieme.

Heraldo Médico. Año I. N.º 2. Abril 15 de 1934. San Salvador.

SUMARIO: Locuras de Maternidad, por Guillermo Trigueros; La Reacción de Depaul como medio diagnóstico de la viruela, por J. Jule Galvez; Informe sobre el estado de la lucha anti-tuberculosa en EE. UU. y Jamaica, por el Dr. A. Peña Chavarría.

Fraternidad (La). 2.ª época. N.º 5. Madrid, 1934.

SUMARIO: Emisiones por transradio española en 1933. Conferencia de don Abelardo Merino. Discurso en memoria del Dr. Flores Toledo, por el Presidente del Instituto. Saludo a América, por don Rafael Salazar Alonso. Conferencias del Dr. José Casares Gil. Características y modalidades de nuestros descubrimientos marítimos, por don Julio Guillén. Estado actual de nuestro saber sobre el átomo, por el Dr. don Blas Cabrera.

En el discurso pronunciado por el Presidente del Instituto Hispano Americano de Relaciones Culturales, con ocasión del fallecimiento de don Eliodoro Flores, se rindió un sentido homenaje al ilustre profesor chileno.

«El doctor Flores Toledo llevaba en su noble corazón y en su noble entendimiento el tesoro inagotable de amor a la raza. Su cultura era preciado vehículo para fomentar ese nobilísimo amor, y era la cultura palanca poderosa para desarrollar aquella expresión del sentimiento, porque desde los mismos orígenes de la civilización española España puso verdadero empeño en llevar esa cultura a las tierras vírgenes de América y a los que hijos de la fusión de razas habían de habitarlas».

«Escritor, tratadista, profesor en el Instituto Nacional, en el Instituto Pedagógico, en la Escuela Militar; doctor en Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid; ejerció el Magisterio en Liceos y otros distintos establecimientos docentes, haciendo resaltar su inagotable labor de investigación en las ciencias de la enseñanza, labor incansante que le dió, además de fama y popularidad, justificadas, numerosos alumnos, fieles siempre a una profunda veneración por su querido maestro. Su cátedra fué constante tribuna de amor a España, y, no omitió sacrificio para cimentar en las generaciones que pasaron por las aulas el noble orgullo de la raza, y crecieron recordando siempre su origen español».

Jurídicas y Sociales. Año I. núms. 11 y 12. Marzo y Abril de 1934. Buenos Aires.

SUMARIO: La práctica del derecho en la Filosofía stammliana, por el Dr. Segundo V. Linares Quintana; Derechos Reales (Cap. I), por Augusto C. Moura (h.). La Moneda (Cap. IV), por Alberto R. Cellario. Legislación. A cargo del Dr. Segundo V. Linares Quintana. Alemania: Ley para im-

pedir la procreación de enfermos con taras hereditarias (Julio 14 de 1933). Ley modificando el Código Civil alemán en lo relativo al abuso del matrimonio y de la adopción (Noviembre 23 de 1933). Austria: Fué sancionada la nueva Constitución (Abril 30 de 1934). Jurisprudencia. Nulidad de hipoteca: Inhibición general silenciada. Error de certificado.

Revista de Ciencias Económicas. Publicación de la Facultad de Ciencias Económicas, Centro II. N.º 153. Abril de 1934. SUMARIO: Manuel José García, por Mario Molina Picó; Reforma Bancaria Nacional-Socialista, por Hjalmar Schacht (Exposición de principios del Presidente del Reichsbank). Análisis de la curva de Pearl y Read, por José Barral Souto; Las leyes de la mortalidad (Cap. III). La inmortalidad. La longevidad. El rejuvenecimiento. El instinto de la muerte, por José González Galé.

Monde Medical (Lé). Año XLIV. N.º 873. 1.º de SUMARIO: Las algas faciales, por los Dres. Th. Alajouani-

Marzo de 1934. ne y R. Thurel; La orquitepididimitis tuberculosa. Manera de diagnosticarla. Su tratamiento actual, por el Dr. Renato Bouchard; Resultados prácticos que pueden deducirse de la observación de diez casos de escarlatina grave (forma tóxica) tratados con el suero de convalecientes, por los Drs. Borrel y Loewenberg; A propósito de la radioterapia preventiva post-operatoria, por el Dr. Ch. Guilbert.

Revista de Derecho Internacional. Año XIII. Tomo XXV. N.º 49. 31 de Marzo de 1934. Habana. Director: Antonio S. de Bustamante y Sirven. SUMARIO: Séptima Conferencia Internacional Americana: Acta final. Sumario de los acuerdos, mociones, resoluciones y convenciones. Ante la VII Conferencia Internacional Americana. Discurso pronunciado en la Sesión solemne en honor de los Delegados, por el Sr. don José G. Antuña. Trabajos de la Sociedad de Legislación Comparada durante el año de 1933, por el Dr. Martínez Vélez. Bibliografía.